

1. Hermán (1)

Sólo tengo que tenderle la esponja empapada con agua, dejando el brazo extendido e inmóvil, como un espantapájaros, un crucificado a medias. Sé que voy a fallar de alguna de las mil maneras a mi alcance, voy a ser débil y girar la muñeca un poco hacia arriba para que vea mi tatuaje, voy a buscar su mirada, a sonreír levemente, no animoso sino cómplice, queriendo que me acepte como un igual.

Pasa corriendo a mi lado y me arranca la esponja de la mano. No trae gafas de sol. He podido mirarle a los ojos, pero no lo he hecho porque he dudado si era digno de hacerlo. La definición de los huesos y los finos músculos, el rebote y descuelgue de la escasa carne a cada zancada, la supremacía de su mente. Su indiferencia me avergüenza, y, aunque quiero obligarme a no mirar cómo se aleja, su técnica al correr me retiene contemplándola. Se mueve como un látigo de oro que chasquea a cada pisada. No va la primera y está arreando a pesar de que probablemente no tiene chance, y contemplar su esfuerzo es ver al mundo entero esforzarse, lo cual me hace sentir un repentino vacío de placer en el estómago, esperanza.

No me sobresalto ni me resisto cuando los policías me inmovilizan, aparatosos, excesivos, atemorizados. No opongo resistencia. Lo último que quiero es que ella me vea en las noticias de esa noche. Tampoco podría resistirme: al ver que ha besado la esponja celeste que le he dado me han abandonado las fuerzas.

De camino apresurado a la comisaría, los patrulleros me preguntan que cómo he venido. *En un coche*, digo. No era tuyo. *No. ¿Y tu coche?* *Bajo un mango*, digo. Pero no quiero hablar más, todavía tengo un gusto dulce en el corazón. Miro al exterior, a las casas roídas, a la vida seca.

Esta mañana ya me sentía clandestino en mi propia casa, en mi propia cama. El gallo me ha despertado y me he sentido preso. Ahora soy libre, en esta celda. En casa repasé las fotos que tengo de ella colgadas en mi habitación, París, Zagreb, Nueva York, y revisé tres veces toda mi indumentaria de voluntario de la organización de la maratón. He dormido con la acreditación ya colgada al cuello. No me la quité al lavarme en la pila, temía que me la robaran, extraviarla, no recordar dónde la había dejado y desquiciarme buscándola, volverme loco para siempre.

Abrí la puerta de mi coche mirando a ambos lados de la calle en ruinas, como si fuera a forzar el cierre, como si fuera posible que me vigilaran. Aquí amanece como un barco que encalla y que derriba a quien no está agarrado firmemente. Pasé por la tienda de Wilfrén y le compré unas empanadas.

Hoy vas al lago, a la carrera, me dijo, tardando infinito en empaquetarlas. *A la*

maratón, le corrijo, *sí, dame acá ya las empanadas, no son para la iglesia*. Wilfrén a veces tiene discontinuidades, puede pasar unos instantes como ausente, con la sangre perdida, hasta que le vuelve, y luego mira mal como si quisiera aclarar que está alerta y que es peligroso, que puede defenderse y que va a hacerlo de ti.

Cuando salí de la tienda de Wilfrén, Eleonor estaba apoyada en mi coche. Que si la llevaba, ¿acaso no iba yo para el lago, por la carrera? *La maratón*, le dije. La maratooooon claaaarooo, dijo dándose con las palmas en los muslos, haciéndose todavía más la mulata de lo que ya es, y no he sabido si agradecerle internamente que escenifique que conocía la palabra o prepararme para lo que iba a demandarme. Eleonor no va a ser amable conmigo sin pedirme algo a cambio, que es llevarla. Voy de camino, ¿no es eso?, qué más me da, dice, y no puedo explicarle que en cualquier otra circunstancia la llevaría donde me pidiera sólo por oírla contar las últimas noticias del barrio, y por llevar sentada una mujer como ella al lado, siempre en *shorts*, siempre tan tocona, tan melosa de oficio, pero transportarla hoy sería como un adulterio, como decir una mala palabra ante una procesión, una mancha. Ella insiste. Se me hace imposible no llevarla.

Me dice que quiere que la deje donde Óscar, venga, que más me da. *Que más me da, que más me dio*, canta, y deriva hacia una canción alegre y antigua. Me echa el brazo izquierdo por encima mientras conduzco, mientras tiene extendido el brazo derecho con la mano apoyada en el retrovisor, moviéndomelo para poder mirarse ella en él, para que yo la mire hacerlo. Qué edad tendrá, y por qué su extravío. En su caso no me ha quedado nunca claro.

Vamos saliendo de la ciudad, con Radio Eleonor riendo y revolviéndome el pelo y diciéndome que mi corredora, como la llama, no me merecería. Que en qué idioma le hablaría.

—En inglés.

Que me gusta porque es rubia y pálida, porque no es de este mundo.

—Cómete una empanada y cállate, anda.

Le pongo el paquete en el regazo, y lo hace, inclinada y callada como si cosiera. Al caer una miga a sus pies flota entre los dos la certeza de que si yo no estuviera delante la picaría con dos dedos y la engulliría como si hubiera atrapado una hormiga de hojaldre.

—Canta —le digo, para que no me hable de mi corredora o la tendré que apeear del coche.

Y comienza a cantar lentas canciones cuando rebasamos los últimos edificios y abandonamos por fin las casas, como si hubiera entrado en sintonía con las montañas que aparecen a lo lejos, más allá de la selva.

Tiene oído, y una voz elegante y de colores. La vida no es así, canta imaginando.

Cuando pasamos por el último puente antes de llegar a la reserva del lago deja de cantar, pero sigue jugando con sus rizos aclarados por el sol. Me da un vuelco el corazón cuando vemos las primeras banderitas colgadas de las palmeras por la organización de la maratón.

—Algún día dejará de correr —dice, pero yo ya no estoy allí, ya no puedo pensar en otra cosa sino en que voy a verla correr.

Detenerme, iba a detenerme y parar el coche y decirle que ahora corriera ella hasta donde Óscar, cuando los niños nos tiraron ¿qué?, trozos de ladrillo, o botellas, y el parabrisas del coche se puso blanco y opaco, roto de repente.

La primera reacción que tuve cuando desperté fue de pánico: cuánto tiempo llevaba así y qué hora era. La maratón podía haber acabado ya. Eleonor estaba inconsciente a mi lado, con la cara ensangrentada. Por el reloj llevábamos así una media hora. Todo como loco, salí y vi que mi coche estaba destrozado contra un árbol de mango. Me miré las manos, los brazos. Me toqué la cara. No por ver si tenía algo roto, que no me hubiera importado mientras pudiera andar, sino por si tenía algo de sangre, porque en ese caso habría de lavarme. No me dejarían entrar a la zona de voluntarios de la organización si aparecía todo sangrando. Un golpe de furor me vino hacia Eleonor, hacia los niños, como si todo estuviera confabulado para que no pudiera verla en la carrera, para mantenerme empantanado en aquel rincón perdido del mundo. Cómo era posible que ese rincón tuviera voluntad propia, que todo fuera un gran organismo tentacular que conspirara para que yo no la viese a ella corriendo.

No, no vas a poder conmigo, digo.

Me meto en el coche y trato de poner en marcha el motor, pero ni siquiera hace contacto. Me miro en el retrovisor, y sí, tengo un moratón en la frente. Más mierda, pero puedo con toda ella. Salgo y voy al maletero, saco la bolsa de deporte, me coloco la gorra de la organización, aunque me duele encajármela, así se me ve poco. Ahora necesito otro coche.

Va a pasar un coche para mí, tiene que pasar un coche, sé que tiene que pasar uno. Siento una carga de esperanza tan grande que casi me hace llorar de agradecimiento, he sentido que hay otra cosa que lucha en mi favor contra el monstruo fatal, hay un león cuya melena está compuesta de un ejército de ángeles y que viene a mi rescate porque eso es lo que trae ella a este rincón del mundo, que su sudor es la Palabra.

Pasa un coche y dos, no paran. Vuelvo a mi coche, abro la puerta de Eleonor, desplazo una de sus piernas para sacar la pistola de la guantera. Ahora sí que van a parar, y en ese instante pasan, y paran, sin que tenga que enseñar el arma porque parecen europeos y quizás porque yo estoy vestido con la ropa de la organización

de la maratón. *Ha habido un accidente*, les anuncio. Son una pareja, y deben de llevar poco tiempo en el país y ser de otra dimensión, una dimensión donde los seres tiene un polvo de polilla dorada por todo el cuerpo que les permite volar y no rozarse con la costra de este mundo. Pero aquí hay mucha humedad, señores, una semana en el país es tiempo suficiente para que ese polvo se les haya corrido. ¿Necesita ayuda?, me preguntan. *No*, les digo, *sólo que me lleven al lago*. Pero él se baja, quiere ver mi coche, cree ver a alguien dentro, y yo le digo que todo está bien, que me disculpen, pero que es urgente, que he de llegar a la maratón del lago, ¿saben? El tipo se acerca a mi coche y ya he de gritarle y sacar la pistola, ella grita, él levanta las manos, *salga*, le digo a ella.

Me monto en su coche de alquiler y me voy de allí. Voy más o menos bien de tiempo, acaso he de ir directamente a mi mesa de avituallamiento, sé dónde es, no la he elegido yo, justo cuando el corredor sale de una curva, en el kilómetro treinta. Después de la mesa hay una larga recta. Al menos podré ver como se aleja.

Así no, así todo se pudre para siempre.

Me detengo, doy media vuelta, vuelvo a pasar por frente del huerto de Óscar. Llego hasta donde está la pareja de turistas y mi coche accidentado. La puerta del lado de Eleonor está abierta, no habrán querido moverla. Pero hay que moverla, nosotros hemos de hacerlo, porque ninguna ambulancia va a venir si llamamos. Les digo que se muevan, que la saquen de mi coche, que la metan en el suyo. Eleonor gime. Está pálida como nunca imaginé que una mulata pudiera estarlo. Me siento atrás con ella y apunto al tipo mientras conduce, le apremio, más rápido, más rápido. El tipo trata de calmarme, chilla, explica, ofrece, promete, frena demasiado en las curvas, le obligo de nuevo que acelere, y cuando encontramos algunos coches en nuestro camino le tengo que decir que los adelante. Llegamos al control de seguridad y escondo el arma, enseño la acreditación, digo que ha habido un accidente, que hemos de llevarla a la carpa médica. Obligo al turista a conducir por entre el público, le digo que haga sonar el claxon. Cuando llegamos les digo que saquen a Eleonor y que la metan dentro de la carpa, allí sabrán, y yo salgo en dirección contraria, hacia la selva, pero por el sendero de listones de madera de las visitas de la reserva, hacia la mesa de avituallamiento donde he de estar.

Ha debido ser la turista la que ha explicado por dónde he huido a un agente de seguridad.

En mi mesa de avituallamiento hay un árbitro y dos voluntarias, nadie más. Selva a medias domesticada por el hombre a un lado y pared de roca a otro. No me han visto llegar. Los vasos están alineados, los cubos de agua, las esponjas. Me meto la pistola en el bolsillo de la sudadera, me acerco, saludo, me disculpo por el retraso, pregunto cuántos corredores han pasado.

Mujeres han pasado cuatro. Ella no ha pasado. Está acusando la humedad, pienso. Llegan tres agentes de seguridad de la organización. No tienen armas, porque alguien habrá pensado que así se da buena imagen. Saco mi arma. Doy el aviso: que no se acerquen. Hago retroceder al árbitro y a las dos voluntarias hacia el comienzo de la selva donde están los agentes. Gritan mucho, tratan de calmarme. Y yo no estoy calmado, pero no por ellos, sino porque en cualquier momento puede aparecer ella saliendo de la curva. Me cambio la pistola a la mano izquierda, me pongo en posición en la cuneta, escojo una esponja celeste porque he leído que es su color favorito, guardo el arma en el pantalón en cuanto ella aparece.

Corre cabeceando.

Tengo unos segundos hasta que los de seguridad se decidan a abalanzarse sobre mí. Ella ha de correr por mí hacia la esponja, y agarrarla y rebasarme antes de que los de seguridad se atrevan conmigo. Ha de correr, darse prisa para agarrar la esponja, porque yo no le he fallado y ella no puede fallarme.

Y no me falla. Casi creo que alzará el vuelo hacia el cielo, batiendo sus alas, con la esponja en sus garras.

2. Eleonor

Entra una enfermera. Es la que antes me ha estado enjuagando con una esponja verde todo el cuerpo, lavándome la sangre. Ella no me ha hablado, y yo he supuesto que había que estar callada. Al principio me dio vergüenza, pero después por mí que lo hubiese seguido haciendo hasta el Día del Juicio.

Trajo tres esponjas y usó sólo dos. Ha abandonado la tercera, celeste como las otras, encima de mi mesita de noche.

Si alguien me pudiera al menos encender el televisor... Y si desviarán ese foco, no me vería obligada a entornar el ojo. Vaya que tengo que estar bonita, el otro ojo lo tengo tan hinchado que no lo puedo abrir. El doctor me ha dicho que es todo golpe, que sólo hay una brechita en una sien, que mi cabeza se desinflará de sangre y si era guapa, seguiré siéndolo, así que seguiré siéndolo, no me pondrán a trabajar, que es lo que hacen con las feas.

Qué lío de día.

Yo trato de mover un brazo para señalarle la maldita lámpara, y ella me trae un móvil, dice que es para mí.

—Soy Hermán —escucho.

Y me da otra vez vergüenza, qué tonta, porque he sentido como si me viera así, hinchada, vendada, morada, toda pegajosa, pero al mismo tiempo el corazón se me ha puesto a cien y me mareo y me confundo porque el día ha sido como un año entero, y porque sin querer he tratado de incorporarme.

Ayer, era ayer, cuando se me había acabado la tarde y comenzaba la noche y no tenía más que dos billete de cinco. ¿No se suponía que con lo de la maratón habría mucho negocio?

A esa hora ya había pasado Roberto en la patrulla, hacía como una hora, a espantármelos, seguro. Traté de no mirarle para que no parase aunque paró de todas maneras, y me abrió la puerta del coche patrulla para que yo entrara y se lo hiciera sin que le cobrase un billete. Después me dijo primero lo mucho que le gusto, dándome una sudadera. Por un momento me gustó que me la diera, hasta que vi que tenía la silueta de ella bordada. Ella en todas partes. Se la tiré a la cara, y entonces me dijo que no quería verme más por allí, y que era una desagradecida, que me fuera a casa que aquel no era sitio para mí.

Después de aquello podía haberme quedado un poco más, porque el neón que me alumbraba parpadeaba y así me daba menos miedo la noche, no sé por qué. Antes

se acabaría la luz del mundo que irían los de la compañía a arreglarlo. Parecía que espantaba moscas, me entretenía. Bastaba con no mirarlo; imaginaba que estaba en una alfombra roja de famosos, y me disparaban flashes, como a la corredora de Hermán. Me enfurecí, porque ni siquiera podía soñar despierta sin que ella se me apareciera.

Calle arriba se situaba Rosario y más abajo su hermana, pero el neón intermitente me había tocado a mí. Hacía *cru*, y, después de un rato, *cru*, como si estuviera muriendo y tratando de decir algo, pero no acabara de morir ni de decirlo.

Escuché el chirrido de una reja bajando en alguna calle cercana, cerrando un colmado, y calculé que en diez minutos pasarían dos o tres borrachos, huérfanos de sitio, airados de no poder seguir bebiendo.

Podría haber estado más tiempo, sí, pero no quería, porque al día siguiente, hoy, esta mañana, sería esa carrera del demonio, y sabía que *esa* vendría a correr, porque lo había visto en la televisión y porque Hermán me lo había mencionado. Varias veces, no dándose cuenta de que yo me mordía los labios hasta casi hacérmelos sangrar. Así que me fui a casa a dormir, para poder levantarme temprano como él haría y dejarme caer en su trayecto, y hacer que me llevase con él a la carrera.

Cuando ha salido hoy de la tienda de Wilfrén me ha encontrado sentada en su coche. Lo que no sabía era que el calorcito de su capó me imaginaba yo que era el calorcito de Hermán. Me he puesto nerviosa y he comenzado a parlotear. ¡Si supiera que yo nunca hablo casi!

Le he dicho que si va para el lago, y claro, claro que va, la maratón lo rodea, así que no puede negarse a llevarme. Me gusta como huele su coche, a ambientador, pero nadie se preocupa de poner uno, y yo he entrado en muchos coches. También comienzo a oler las empanadas, las veo porque las conozco, y comienza a crujirme la tripa. Como si él fuera capaz de escuchar mis tripas a través del sonido del motor, comienzo a cantar, y porque estoy medio feliz: voy con él en el coche, podría ser una excursión, iríamos a pasar un día en el lago, tirando piedras al agua y abrazándonos y hablando. Me gusta mi voz porque la tengo bonita, y la alzo aún más al cantar porque no quiero que se meta en mi pensamiento la verdad, esa rubia. Como él va conduciendo y yo voy cantando puedo acariciarle el pelo. Algo canoso, tan liso, tan tupido, tan suave. Me ofrece empanadas, y se las acepto, no sólo porque tengo hambre sino porque son de él y me saben a gloria y a victoria, como si las empanadas estuvieran destinadas a la rubia, y cada una que yo me zampo es una que a ella no le llega, como si me estuviera comiendo las rosas de un ramo compuesto para ella.

Comienza a hablarme de la carrera, y claro, acaba hablando de ella y yo le he

soltado que ella acabará por dejar de correr, y me he puesto colorada al decirlo porque he evidenciado celos, es decir, interés por él. No me importa incluso meterle la mano por el escote de su camisa, porque esa soy yo, la Eleonor que hace la calle, pero ¿celos? Eso son sentimientos, ahí me vería, sería transparente para él y ya no podría nunca más meterle la mano en la camisa.

Y ahí no sé qué pasó. Cuando recobré el conocimiento, mi primer pensamiento fue que él me había golpeado enfurecido por haberle tocado a su rubia, pero no, fue un accidente, me dicen. Pero no lo recuerdo. Sé que yo cantaba, las empanadas, la selva que se acercaba. Y luego la esponja sobre mi cuerpo, que era la misma esponja que yo veía cuando era pequeña y me sentaba en un banco. Él daba esponjas a las niñas que entrenaba, se las lanzaba como si fuera fruta, les aplaudía, les alentaba, las corregía. El campo de tierra, la caseta para cambiarse, los bancos con pesas bajo el cobertizo, y varias niñas corriendo, algunas muy mal, como deformadas. Si se las miraba de frente o por detrás se veía que sus rodillas estaban mucho más cerca la una de la otra que sus tobillos el uno del otro, como si corrieran apretando las piernas para no abrirlas, tan puras ellas. Venían del colegio de teresianas, todas con el mismo uniforme, se cambiaban y se ponían la misma equipación todas, y la equipación siempre estaba inmaculada, camiseta blanca y calzonas azules, de un azul marino muy oscuro. Un día me quedé con una, pero me estaba pequeña.

Uno de esos días en que yo miraba sentada en un banco cómo las niñas de las teresianas corrían, Hermán me preguntó que si yo quería correr también. Tenía la sonrisa más amable que he visto nunca, y yo negué con la cabeza pero no dormí esa noche. Hará diez años de eso.

Se me pasaba el tiempo volando viéndolo entrenar, nunca he estado más atenta a nada. Él les gritaba, pero sólo si les quedaban lejos, les rectificaba el ritmo pero sin reñirles, las animaba, se ponía de rodillas para atar algún cordón en una zapatilla. Y eso era lo más que las tocaba. Con el tiempo he sabido que eso era lo que más me gustaba de él: un hombre que no tocaba. Era como si viniera de otro mundo, o como si fuera la demostración de que otro mundo era posible.

Él mismo vestía un chándal azul con líneas blancas a los lados, una gorra blanca y un silbato blanco al cuello, y calzaba unas zapatillas blancas. Limpiaba con una escoba el cobertizo de las pistas, aunque no estuviera sucio. No paraba de hacer cosas, pero todas las hacía a un ritmo tranquilo. Cuando llenaba el gran cubo con agua parecía que se olvidaba de él: se recolocaba la gorra, ponía los brazos en jarra, giraba ligeramente el tronco, me miraba y sonreía. Siendo así de niña, una vez, le sonreí.

Había tres niñas que venían casi todos los días: esas eran las que realmente entrenaban para ser corredoras. Ellas usaban las esponjas, recibían más consejos,

corrían más rápido y durante más tiempo. ¿Habrán ganado alguna medalla alguna vez? ¿Habrán seguido corriendo? ¿En qué parte de la ciudad vivirán y con quién se habrán casado? ¿Por qué ellas? Podría haber despreciado a una legión de niñas de teresianas, eran todas como una sola, bobas niñas de papá y mamá que se echarían a llorar al ver la primera verga en sus vidas (y por no haber visto ninguna, la primera de esas vergas podría esclavizarlas de por vida). Pero aquellas tres eran como la rubia, una casta aparte. Hermán les hacía sentir así con sus atenciones.

Una vez toqué una de esas esponjas. Una de las tres la había dejado abandonada en un banco. Era cuadrada, de un verde pálido, un poco tonta y a la vez tan querible. Era imposible dejar de achucharla una y otra vez. Estaba tan usada que si la sostenía por una esquina se doblaba hacia abajo. ¿Cómo podían arrojarla? Era imposible soltarla, así que cuando vi que venían todas con Hermán, sudorosas, camino de los vestuarios, me sentí avergonzada por estar allí con la esponja en la mano, una ladrona, eso es lo que era. Caminaban hacia la puerta a mi lado atravesando el patio, las manos en las caderas, tratando de recuperar el aliento, la vista en el suelo. Yo no podía soltar así como así la esponja, y bajo sus miradas no podía esconderla, así que jugué con ella para restarle importancia, me abaniqué con ella, me di golpecitos en una rodilla con ella. Pasaron a mi lado, y se refugiaron en su falta de aliento para no mirarme cuando lo hicieron. Sólo una de ellas olía a sudor, o a lo que yo entendía por sudor. Las otras dos se limitaban a dejar que su sudor hiciera que su piel brillara. Tan cansadas, nada podía importarles, ni mi presencia, ni su sudor, ni que yo hubiera cogido una esponja. Tenían un propósito, su casta residía en algo dentro de ellas. Ojalá me hubieran dicho que no podía coger la esponja. Pero no, pasaron sin mirarme, como no se mira a un mendigo.

Hermán no paraba de organizar campeonatos, o de hacer que sus corredoras participaran en carreras de otras provincias. Pedía prestada una furgoneta para el transporte, y el día antes, cuando la recogía, la limpiaba, por dentro y por fuera; estuviera más o menos limpia, él la limpiaba. Y allá que llegaban ellas, con sus grandes macutos al hombro, sus chándales que parecían de gala (no eran los que llevaban a los entrenamientos), sus coletas ya recogidas, sus padres y sus madres, sus mil besos y sus mil abrazos, como si fueran a la guerra, a correr entre balas y trincheras.

Yo todo ese día andaba nerviosa. No sé si esperaba con más fuerza que se doblaran un tobillo o que ganasen. Que llegaran llorando, que salieran entre jipidos de la furgoneta directas a buscar el consuelo de sus padres, chocando contra sus pechos y barrigas, o que el brillo de tres medallas de oro fuera lo que todos vieran al correrse la puerta de la furgoneta.

Yo solía no hacer nada, evitar si acaso a mi tío, que me mandaría a la casa de algún

amigo suyo. Todavía yo no hacía la calle, sólo estudiaba para ello. Me tocaban y se tocaban, a veces yo tenía que tocarles. Luego me perdía por las calles, buscaba una fuente donde lavarme las manos otra vez, esquivaba coches solitarios que circulaban como sin rumbo, tipos solitarios que no esperaban a nadie apoyados en una pared cualquiera, perros solitarios que te miraban en cuanto aparecías en la calle, y que no te quitaban ojo. Iba al mercado, me hacía la remolona entre las vendedoras, mujeres grandes y gordas que olían a fruta y a verdura, y que gritaban y sonreían, que me sonreían.

El día que mi tío me desvirgó llevaba ya lloviendo como un mes, sin parar. No es que fuera la primera vez ni la última que llovía durante un mes, pero algunas personas nunca se acostumbran. Ya llueve un día y fruncen el ceño, y se van volviendo sombríos y huraños y acaban encerrándose en una estancia por voluntad propia, o cogiendo un revólver, o girándose hacia su sobrina. Y entonces sucedió: algo dijo que ya no podía más y comenzó a ceder y fluir, a rendirse y al mismo tiempo a querer escapar, y la tierra más que quebrarse se fugó, se derramó y con ella arrastró chabolas y árboles, piedras, cestos, personas, motocicletas y muros. En casa el agua llegó hasta un cuadrito de la Virgen, y ahí se paró (y yo tengo el cuadrito guardado bien en un cajón). Recuerdo haber mirado desde la escalera al salón, y haber pensado que así sería a partir de ahora. Lo pensé durante un segundo, pero lo pensé, qué tontería. Tanta agua que había, en dos horas había desaparecido de la casa y de la calle, y quedaron sólo dos palmos de barro, cazos, bananas, zapatos, ratas y sillas.

Madre gritaba y lloraba a partes iguales, por más que en nuestra casa sólo hubiera que limpiar el barro del suelo, o al menos eso me parecía a mí (no teníamos nada que perder), así que me escabullí y salí de casa.

Todo era a la vez igual y distinto. La gente se encontraba fuera, pensativa aún: para quitar el barro hacía falta sacarlo de allí, a través del barro, un círculo vicioso que todavía no habían roto en sus mentes. Era como verlos adentrados en un río inmóvil. Cada uno pensaba que a solas tendría que limpiar todo. Aún no habían caído en la cuenta de que incluso una montaña se puede trasladar puñado a puñado y entre todos.

No sé si decidí acercarme o si simplemente llegué a las pistas deambulando. Hermán era la primera persona a la que veía ya afanándose contra el barro. Me asomé al portón: la corriente de barro sólo había tapado una esquina de las calles para correr, y nada del vestuario. Hermán estaba agachado, extrayendo una hoja de platanero del fango, más larga que un hombre. Parecía una gran pluma. Yo me acerqué, lo observé hacer, él me saludó, me sonrió con amabilidad pero fugazmente, estaba a lo suyo. Parecía pesar mucho la hoja embarrada. A su lado vi

un racimo de plátanos, pequeños todavía. Me puse a escarbarlo, hasta encontrar el extremo, y tiré y tiré de él. Poco a poco me lo fue cediendo el fango, hasta que lo saqué por completo. Hermán me miró con una sonrisa como una manta de lana, se acercó a mí, cogió el racimo y lo tiró lejos, a un montón de desechos que iba acumulando.

Todo el día estuve ayudándole. Primero quiso desenterrar lo gordo, lo que sobresalía del barro, todo lo arrastrado hasta allí. El racimo de platanitos había sido cosa fácil, pero luego en todo el día él hizo diez veces más que yo. Aun así, cada vez que yo conseguía sacar una botella o un felpudo él me sonreía, me alentaba, y me pareció que me habría aplaudido de no ser porque tenía las manos llenas de barro. Llegada la tarde, me pidió ayuda. Habíamos estado pisando un panel metálico enorme, grande como cinco veces mi cama. Imposible saber de qué era.

—Vamos a establecer cuál es el borde, y luego quitamos todo lo que justo esté encima. Y cuídate de no cortarte.

Yo asentí. Me hacía colaboradora en su plan. ¿Dónde estaban sus corredoras? Estarían mirando la televisión, allá en sus altas torres. Igual nos veían afanados en la entrada a las pistas.

Nos llevó una hora tener el panel expuesto a la luz, aunque todavía tumbado. Había hecho vacío, y era imposible levantarlo. Y yo dije que igual con un palo de escoba podíamos ir hurgando por debajo, quitando barro, hasta que se pudiera.

—Bien pensado —me dijo, señalándome como con un arma y disparándome. Desapareció en los vestuarios, y volvió a aparecer desenroscando una escoba. Y yo busqué una rama y, como él, comencé a abrir aquella ostra. Era ya el ocaso cuando aquel panel metálico fue levantado por Hermán, el más momento más feliz de mi vida. Indicaba a cuánta distancia estaba la ciudad más cercana, y el embalse que ya no existía. Era como una broma, y a la vez parecía tener un valor histórico, de repente estaba obsoleto, un tesoro a la vez arqueológico y periodístico, un salto en el tiempo.

—Ahora podía llover un poquito más, y ya todo quedaba limpio —dije.

Y él cayó en la cuenta:

—Así no puedes irte a casa. Te hago un emparedado y mientras entras, te duchas y te doy camiseta y un chándal por lo menos.

Menos mal que su decisión fue en firme, que no esperó mi respuesta y se giró dándome la espalda, porque si no hubiera visto que yo me quedaba boquiabierta e inmóvil, como si me hubiera dicho que iba a regalarme un collar de perlas. Me ordené moverme, sentí y oí que el barro de mi cuerpo crujía porque estaba ya medio seco y duro. Levanté el pie derecho del barro, di un paso, luego otro, lo seguí y atravesé la entrada, fui dejando huellas como él en el sendero de losas que

no había sido alcanzado por la riada, me detuve en el porche sin saber qué hacer, un minuto, dos, tres, hasta que él apareció con las manos limpias y portando un chandalito, una camiseta y una toalla, todo apilado y doblado, y encima una pastilla negra de jabón.

—Ven.

Y yo le seguí. Atravesé tras Hermán el umbral del vestuario, paredes pintadas de blanco, con grietas y alguna humedad, y luego otro umbral, azulejos blancos y bancos de madera. Hermán dejó en uno de los bancos mis regalos, y se fue sin decir ni mú, cerrando la puerta y dejándome a solas con los azulejos, los bancos y las duchas.

Me desvestí y no supe qué hacer con la ropa embarrada. Había decidido ponerme el chándal y cambiarme una manzana antes de llegar a mi casa, pero si la aclaraba de barro quedaría mojada y más tarde no podría ponérmela. No podía llegar con el chándal a casa, me lo venderían al día siguiente. No podían verlo. Me desnudé mirando de reojo a la puerta, y más que entrar en una de las duchas me escondí en ella. El agua estaba igual de fría que en casa, pero de todos modos yo nunca me había duchado hasta entonces con agua caliente, así que no me importó. Moje el jabón y lo olí, y también pensé que no podía enjabonarme con aquello porque olía demasiado bien. Solo las manos, un poquito solo.

Aunque ya la toalla era por sí sola capaz de perfumarme entera, de bien que olía.

Me vestí, y hubiera querido tener una goma para el pelo y un espejo. Cogí mi ropa y salí del vestuario, lo rodeé y vi a Hermán sentado en el porche, con una cerveza en la mano. Un plato con un emparedado de carne ahumada y un vaso de leche me esperaban.

—Me has ayudado mucho. Muchas gracias. Estoy yo solo con todo esto.

Yo masticaba y me ponía colorada, y abría mucho los ojos como si pretendiera escuchar por ellos. No quería tragar la carne ahumada, de buena que estaba. Él también se había duchado, y él sí que había usado el jabón. Yo no sabía si prefería oler la carne ahumada o el aroma que me llegaba desde él.

Miró un poste eléctrico que casi había caído sobre las pistas. Chasqueó la lengua.

Me preguntó que dónde vivía, y yo se lo dije. Me pareció que no ubicaba el lugar con la información que le di, hasta que dijo *Eso está detrás del mercado, ¿no?* y yo asentí. Y luego me dijo *Tienes las piernas largas* y yo quise retraerlas, esconderlas en mi cuerpo, Hermán fue por unos segundos mí tío, todos los hombres lo fueron, pero entonces dijo *Buenas para correr. ¿Por qué no vienes a probar un día, a echar unas vueltas?*

De repente mi cuerpo era otra cosa, algo valioso. No necesité correr, no asentí y volví días más tarde para dar cuatro vueltas apretando los dientes y mirándole de

rejojo para que me dijera al final que, entrenando, podía ser una buena corredora, y que volviera al día siguiente. Creí que no me hacía falta. En ese momento, no me hacía falta. Me había devuelto el cuerpo que me había quitado mi tío, y mientras me hablaba y hablaba sobre que lo más importante es llevar bien la respiración, me llegaba el olor a jabón y sentía que mis piernas se estiraban y se endurecían, se hacían de mujer y corrían cien mil kilómetros y ganaban todas las maratones del mundo, allí sentada en aquella silla plegable.

Ya de noche cuando me iba, me volvió a decir que hiciera unas pruebas. Yo, con la boca pequeña, respondí que preguntaría en casa, me remangué el chándal hasta las rodillas y comencé a subir la cuesta en dirección al mercado y a mi casa. La gente ya había hecho fuego en bidones en la calle, las alcantarillas habían rebotado y ya no olía a barro limpio. Decidí cambiarme en el mercado, tras algún puesto de los metálicos, de los cerrados con candado.

Del mercado no quedaba nada.

Un rectángulo, una losa de hormigón, vacía, como un campito de fútbol de color gris.

Mis piernas de mujer caminaron por el rectángulo, permaneciendo dentro del cálculo que hacía de las calles que había habido. El pantalón, al estar remangado, parecía que se me había quedado pequeño de un estirón súbito. Me parecía que yo había vuelto al barrio tras ganar todas las maratones del mundo, y que veía que habían movido el mercado de sitio.

Aquello era ser corredora: dejar todo atrás. Me abandoné a una nostalgia ficticia, y salí de las calles, atravesando como un fantasma todo lo ausente, los puestos de fruta invisibles y las personas de aire.

Divisé más allá del rectángulo dos palmeras caídas, cruzadas entre sí como dos espadas en un escudo. Entre ellas me desvestí y me puse mis ropas de barro, que era como ponerse cuencos y platos en los brazos, metí lo que me había dado Hermán en la bolsa y me fui a casa.

Antes de entrar, me olí las manos, me agaché y las sumergí en un charco.

En casa parecía que nadie había limpiado nada. Subí a mi habitación, escondí bajo la cama el chándal, y me tumbé a dormir, aunque no pude. No paré de repasar cada cosa que había hecho con Hermán. Cada objeto que habíamos desembarrado permanecía ante mí, flotando, lustroso, como recién fabricado, entre los dos, en la palma de su mano.

Cuando la enfermera ha venido de nuevo trayéndome el móvil y diciéndome que es Hermán, no ha habido músculo en mi cuerpo que no se haya tensado y mi corazón se ha lanzado a la carrera.

—¿Sí?

—Hola, mi niña, hola, hola.

—¿Dónde estás?

—En un calabozo. Lo siento mucho, lo siento mucho. ¿Cómo estás tú?

—Pero ¿y qué van a hacerte?

—Supongo que tendré un juicio. Y después me llevarán a otro calabozo, por más tiempo. ¿Tú cómo estás?

—Pero mira que estás loco —digo, y me escondo los labios hacia dentro tras decirlo—. ¿Qué querías, que te firmara la esponja?

Hubo un silencio, y después:

—No sé. No sé qué quería. La enfermera no me ha dicho cómo te encuentras.

—Tengo sueño y tengo hambre, así estoy.

—Tú siempre tienes hambre.

Sonrío. En mi cama de hospital, comienzo a jugar con la costura de la sábana, a mover de un lado a otro la punta del pie derecho, como un perro su cola cuando está contento.

—Es que... —y, al otro lado escucho barullo— ¿Qué pasa, Hermán?

—Nada, guapa, que tengo que dejarte. Te llamo otra vez en cuanto pueda.

—¡Come tú también!

Y quiero decirle que se porte bien, como si fuera un niño, que no haga locuras, que le iré a ver. *Guapa*, me ha dicho. Me ha llamado, a mí. Si es verdad lo de las películas, sólo tiene una llamada y me ha llamado a mí. A mí.

Devuelvo el móvil a la enfermera, y esta se va. Miro a la mesita, a la esponja celeste abandonada. La siento desvalida. Tiendo el brazo, la cojo, la aprieto sólo un poco. Huele como a limpio, a suavizante más que a jabón. La introduzco por debajo de la sábana, la protejo entre mi pecho y mis manos, como una parturienta a su recién nacido.

3. Patrullero

Recordé, mientras me colgaba las esposas del cinturón, haber pasado por ahí sólo una vez en mi vida.

Hacía cosa de un año, persiguiendo en la patrulla a un coche lleno de borrachos que habían disparado contra una pensión. Les habíamos dado caza en el fondo del desfiladero que, mientras me vestía, aparecía en el televisor. Aunque más bien ellos mismos se habían detenido en seco, a pesar de que los perseguíamos, como si se hubieran dado cuenta de que habían metido la pata al adentrarse demasiado en La Vieja.

El que entonces era mi compadre en la patrulla y yo detuvimos el patrullero a unos diez metros de aquel coche. Salimos del patrullero con las pistolas apuntando ya uno a cada lateral del coche en el que los borrachos parecían discutir. Sonó un disparo en aquel coche, y el conductor abrió la puerta y salió rodando, huyendo de la discusión del interior, chillando y con una baba de pavo por oreja, y luego en el cristal trasero otro fogonazo de disparo, y otro. De los cuatro arrestamos a dos: al conductor desorejado y al que mató a los otros dos compinches. No recordé haber dicho nada al arrestarlos, ni que lo dijera mi compadre de patrulla, ni el conductor desorejado ni el del gatillo fácil, hasta que entramos otra vez en territorio más humano. Ya habíamos importunado demasiado.

Una vez de uniforme aparté la mirada del televisor y cerré mi taquilla y chasquéé los dedos a un palmo de la cara de mi compadre para que espabilara. Piqué al salir la tarjeta perforada y la dejé en su casillero, y en el umbral de la comisaría, antes de salir, hice una pausa como de abrir un paraguas: el tiempo de santiguarme y murmurar una oración. Di un golpecito a la culata de mi arma y salí a la noche, dorada por la luz de las farolas, mirando a derecha y a izquierda antes de meterme en el patrullero, en el asiento del copiloto. Mi compadre entró por el otro lado al mismo tiempo que yo. Cada uno nos besamos la yema de nuestros dedos, con la que después tocamos a una estampa de la Virgen que colgaba del retrovisor, y después la culata de nuestras armas. Sólo entonces arrancamos el patrullero y nos internamos en la rutina nocturna.

Teníamos orden específica de vigilar que nada ocurriera a las caravanas de la organización de la maratón, a los equipos de televisión y a los forasteros en el hotel. Todo quedaba cercado en cuatro manzanas, el resto esa noche no había de importarnos. Al día siguiente correrían los atletas (los había visto: todos eran menudos como niños, delgados como presos) y no se quedarían ni una noche más

y jamás volverían a la ciudad, así hubieran dejado olvidada en la cama del hotel una de las piernas o a su madre moribunda.

Saludamos a otro coche patrulla con el que nos cruzamos, y luego a otro. No había nada que proteger allí, así que decidimos ir a levantar alguna partida de cartas.

Estuvimos de suerte y encontramos una timba en la que había tres jugadores locales y dos forasteros, periodistas que cubrirían la maratón del día siguiente. Estos últimos tenían más dinero, pagarían en el acto lo que perdiesen, y si no, reaccionarían con docilidad a la más mínima amenaza. Sin que mi compadre de patrulla ni yo dijésemos nada, los dos jugadores locales se levantaron y se despidieron dando las buenas noches. Uno de ellos bromeó con que mañana quería estar fresco para correr la maratón: la barriga le colgaba. Todo el mundo daba las buenas noches, no había razón todavía para no ser civilizado.

La partida era al aire libre, en la parte trasera de un taller mecánico. Neumáticos colocados en altas columnas, como fichas. Parecían esperar que el cuerpo de algún tramposo o mal pagador les fuese arrojado, para así derrumbarse sobre él y sepultarlo. Las cartas, repartidas por el dueño del taller, estaban tan sucias de grasa que a alguna había que pasarle el pulgar para ver si eran siete u ocho picas las que había.

En la cuarta o quinta mano, una sirena de patrulla a lo lejos. Ni mi compadre ni yo hicimos ademán de dejarlo todo, ni siquiera fuimos a la patrulla a escuchar la radio para ver qué tripa se le había roto a la ciudad. Pensé en Eleonor, y comencé a perder dinero ronda tras ronda, poco pero continuamente. Sabía que no perdía más porque era policía. En caso contrario, de allí habría salido descalzo. Mi compadre se mantenía.

El dueño del taller y crupier comenzó a rezongar que hacía calor, que había motivos para celebrar, que si las autoridades (nosotros), que si los forasteros y la hospitalidad, que lo buena que estaba la noche. Su objetivo no era sino sondear si podía sacar una botella de ron sin sello del estado para agasajarnos. Por los ganadores de mañana, por el dinero que habían traído a la ciudad, por el deporte y el *fair play*, y porque ningún corredor se lesionase.

Con cuatro chupitos de ron encima jugué aún peor. Una sola mirada de mi compadre me bastó para confirmar que mejor me iba. Mi compadre se quedaba.

—Voy a ver qué era esa sirena —le dije.

—Yo cuido por aquí.

Me metí en la patrulla y conduje hasta el hotel donde todos los atletas se alojaban. Entré y me paseé por entre ellos. Los miré sonreír, los inspeccioné como a pequeños y extraños duendes que hubieran aparecido en mi cocina. Había una española ebria, y lo intenté con ella, pero no hubo suerte. Mientras salía del hotel

cogí una sudadera roja para Eleonor.

Conduje hasta su zona, pasé una muchacha y luego otra y alguna mujer, hasta que llegué a su esquina. Di la vuelta al final de la calle para así poder colocar mi asiento de piloto al lado de Eleonor, en sentido contrario al de la circulación. Me detuve y la llamé.

Eleonor no se acercó al coche al instante. Su semblante era serio, las piernas largas a partir de los *shorts* vaqueros, las sandalias blancas, la camiseta amarilla anudada para dejar ver el abdomen liso y realzar el poco pecho.

—Hay farolas con más chicha —le dije

—Corre a por ellas, o te las quitarán los forasteros de mañana.

—Ven y siéntate, anda.

Eleonor bufó, trató de afearse ante mí, pero esto era imposible. El neón parpadeaba, como llevando una cuenta. Cuando ella entró en el patrullero, sus ojos extrañaron la intermitencia que había venido soportando dos horas ya, y se los refregó con los dedos, las uñas largas y pintadas de blanco.

—¿Por qué yo?

—Ay, si yo pudiera saberlo —le dije, al tiempo que le bajaba la cabeza hacia mi entrepierna.

Cuando al rato salió del coche patrulla tuve que llamarla otra vez. Ya había puesto diez metros de por medio, porque sabía bien la placa nunca paga. Le pasé la sudadera roja, y me miró extrañada.

—Un regalo.

Miró la sudadera, y al ver el dibujo que tenía bordado y la marca la tiró hacia mí a través de la ventanilla del copiloto, y se dio media vuelta.

Cuando regresé a la partida de cartas me quedé tan sólo observando y sin jugar, y pregunté al dueño del taller si tenía más de ese ron. El silencio del dueño al acceder, al desaparecer en el interior del taller para volver con otra botella y al servir el nuevo ron, iba dirigido a mi compadre: *se avvicina un problema y sólo tú puedes evitarlo*.

Mi compadre, para hacer ver que no se asustaba o que no cumplía una orden del dueño del taller, esperó dos manos, y, entonces sí, hizo ver que se aburría. Se levantó, agarró la botella de ron y con ella, como si de una zanahoria para un burro se tratara, me sacó de allí. El dueño dejó ir la botella. Le saldría barata si se evitaba un lío.

Conduje sin rumbo por las calles. La idea de irrumpir en una pelea de gallos pasó por mi mente pero no se quedó, se me fueron las ganas dos semáforos más allá. Acabamos en un solar hecho aparcamiento, frente al que había una plaza, la del consistorio. Allí refugiados bebimos, hablamos y dormimos, y otra vez a beber, hablar y dormir hasta después del alba.

Era hora de volver, me dolía la cabeza por el alcohol, y el cuello por la postura. El dorado anaranjado de la noche provocado por las farolas de bombillas era entonces una luz seca, blanca e irrespirable. Ni yo quería volver a mi casa ni mi compadre a la suya. Quizás podía convencer al sargento a la vuelta de que, si echábamos esa mañana, no tendríamos que trabajar durante la noche. El circo de la maratón se habría ido. Seguro que le convenceríamos, sí, nos dijimos, así que nos llenamos el estómago de un café ácido y volvimos a dar una vuelta a las manzanas de los corredores. Entonces caímos en la cuenta: estarían ya todos corriendo. Imaginar a todos esos seres blancos y fibrosos, hombres y mujeres sedientos y sin escape, nos abrió el apetito.

Desayunamos en unos bancos bajo un toldo azul, los dos derramados sobre sillas de plástico, ambos con las piernas estiradas y cruzadas. Vimos pasar a Hermán.

—¿Ese tarado no llega tarde?

—¿Hay alguien que no?

Y tras una pausa:

—En la carrera sólo llegará uno a su hora, el resto llegará tarde.

Nos reímos, y mi compadre eructó. No me dijo que creyó haber visto a Eleonor en el asiento del copiloto al lado de Hermán.

Estuvimos así como una hora, hasta que comenzó a hacer calor de verdad. El aire ese día no provenía de la selva, era un aire seco. Todo el aire de la selva estaba siendo succionado por los corredores. Agarramos una botella de agua de la nevera del colmado. El tendero nos miró el tiempo justo cuando lo hicimos.

De vuelta al coche encendimos la radio que habíamos apagado para poder dormir a gusto, y la segunda mitad de un aviso nos confundió. A la tercera vez que lo escuchamos coincidimos en la interpretación de lo escuchado: un tipo había estrellado su coche y luego había robado el suyo a unos turistas. La palabra brilla siempre que la escuchamos en el patrullero, es por esa palabra por lo que hemos pedido que se nos repita el aviso, hasta entenderlo. “Turista” era la pepita de oro en el cedazo. El resto no merecía la pena, pero si atrapábamos al coche, si vengábamos al turista, seríamos héroes. Era una carrera contra el resto de patrulleros.

No nos tuvimos que poner de acuerdo. Mientras yo respondía que estábamos en camino, mi compadre hizo chirriar los neumáticos por el acelerón, de lo cual no recibió queja por mi parte. Salvaríamos el mes si conseguíamos atrapar al desgraciado ése.

Dejamos atrás una nube de polvo, y enfilamos hacia la reserva del lago, hacia el límite de selva en la que un promotor se había empecinado en hacer una maratón.

Tuvimos pronto a un lado y a otro al verde intenso, a la posibilidad de que un macaco herido o una iguana se nos cruzase, y, más por el susto que por el golpe,

acabásemos de un volantazo contra un platanero.

Recibimos avisos continuos de que al parecer el tipo no sólo había robado el coche, sino que había secuestrado a los turistas. De aquella nos jubilábamos, pensé, y también, de nuevo, *Desgraciado*.

Entraba en juego la posibilidad de que un turista saliera herido, y en ese caso habría que dar explicaciones, ya no sería tan fácil.

El desgraciado parecía ir hacia la carrera misma, y comentamos que aquello estaría repleto de guardias y voluntarios, que qué pretendería. Más allá del lago, aguardaba la selva, donde las carreteras se rendían y dejaban de tener sentido, donde no se sabía si se les acabó la plata o si uno por fin había llegado a su nacimiento, como si la carretera fuera un río.

Rebasamos un coche estrellado en un árbol de mango y no nos detuvimos, a saber cuánto llevaba ahí, y qué nos importaba. Hasta que mi compadre, por espolearme todavía más, por si había todavía alguna parte de mi cerebro que no estaba en la cacería, me comentó que ese era el coche que vimos pasar esa mañana, y que juraría que llevaba al tarado y a Eleonor dentro.

Estuve dispuesto a golpearle, pero la cara de mi compadre no era de broma.

—Esto es raro. Ese tarado llegaba tarde.

—Está tarado, pero no tanto. Aprieta y lo vemos.

Pronto llegamos a donde la maratón. Había un tumulto pero no era por la carrera, algo sucedía y lo que sucedía es que la gente huía y que había una valla rota, aplastada bajo un coche del que unos extranjeros sacaban a Eleonor. Vi a la española que la noche antes me había dejado con un palmo de narices. Se había acabado, no habría medallas ese día, pensé.

La española se metió en la tienda de la Cruz Roja llevando a Eleonor, pero mi compadre se acercó al español y éste le dijo que el tarado se había ido por un sendero de listones de madera. Todavía podía haber algo que rascar. Podíamos salvar el día, el mes.

Corrimos agachados por el sendero de listones, que trazaba una curva hasta que llegaba al desfiladero donde detuvimos a los borrachos tiempo atrás, dos borrachos de cuatro. Aquel era el segmento de carretera que habíamos visto la noche anterior en el televisor, mientras nos poníamos el uniforme para la ronda. Evité mirar hacia arriba, a la pared gris oscuro cortada de un hachazo. Evitamos también salir a la carretera, porque si el tarado iba armado no tendríamos nada que hacer, así que corrimos aún más agachados hacia el lado de la carretera del que llegaba el último despavorido y nos internamos en la segunda fila de plantas.

Movimos las hojas de dracaenas a nuestro paso, como no lo harían las alimañas o los indígenas de hace siglos. El suelo estaba blando y las dracaenas no se disponían

como en un pasillo de oficiales a la salida de una boda, no entendían de persecuciones.

Vimos que Hermán estaba a pie de carretera, y que mantenía a raya a varios agentes y dos voluntarias apuntándoles con un arma. Íbamos a salvar el mes, sí. Nos internamos un poco más en la selva, para que el tarado no nos divisase tras los agentes y las voluntarias. Lianas y charcos, y helechos que se movían de lugar, había dos soles y luego otra vez uno, y una mariposa negra que al vernos huyó. Como en algún momento ambos habíamos sacado nuestra arma, ambos tuvimos que volver a enfundarla para pasar por encima del enorme tronco tumbado y cubierto de musgo, que al tocarlo y hundir la mano en él se hizo alfombra mojada.

Del otro lado de ese tronco, que parecía ser la línea gruesa y continua que en un mapa delimitaría dos países, ambos supimos que nos habíamos perdido. De nuevo parecía haber dos soles, o quizás era uno solo, cortado por un pico del desfiladero, allá arriba. Sí, nos dijimos. Y si era así, habíamos de abrirnos paso hacia los dos soles.

Tras un helecho apareció de nuevo la carretera: ahora estábamos a la espalda de Hermán, a unos diez metros. Salimos de la espesura, y ambos nos olvidamos de nuestras armas, y recordamos cómo se camina sin ser escuchado. Una figura amarilla se movió tras Hermán, en la carretera. Hermán se guardó el arma en el pantalón, y tendió algo que chorreaba a la corredora que venía de frente hacia él y hacia mí y mi compadre de patrulla, que hizo ademán de emprender una carrera hacia la espalda de Hermán para tumbarlo, pero yo le agarré el brazo para detenerlo. Me pareció que sólo quería darle la esponja. No tuve ninguna duda de que eso era lo único que quería el tarado. Debíamos dejar que le diese la esponja, y sería más fácil.

Pasamos al lado de la corredora rubia que parecía no habernos visto. Caímos sobre la espalda de Hermán, espantamos a los otros guardias, como dos fieras ahuyentarían a carroñeros: la presa era nuestra, nosotros seríamos los que salvarían el mes.

Lo esposamos, y él se dejó hacer.

Lo condujimos de vuelta por el sendero de listones de madera y, sólo cuando lo sentamos en el coche, recordamos que todavía tenía el arma con él. Se la requisamos y pusimos rumbo a la ciudad. Estábamos empapados en sudor. Hermán no parecía irritado, ni ofuscado, parecía tranquilo.

Dimos el aviso de la detención por radio, y ya ahí recibimos la primera felicitación de la radiofonista de la comisaría, cuando la ciudad reaparecía poco a poco a ambos lados de la carretera.

Recordé a Eleonor:

—¿Cómo has venido?

—En un coche.

—No era tuyo.

—No.

—¿Y tu coche?

—Bajo un mango.

—¿Alguien más venía contigo?

Hermán calló, miró por la ventana del patrullero. No quise volver a preguntar por no hacer ver a mi compadre que yo estaba demasiado interesado en Eleonor, por no mostrarle esa debilidad.

Recibimos felicitaciones con sordina y envidia del resto de la comisaría. Me tendieron un micrófono de una emisora de radio, que rechazé.

Mi compadre y yo vimos la televisión juntos durante la tarde, y sólo entonces comenzamos a enterarnos de todo, porque en la comisaría sólo nos habían facilitado fragmentos de lo ocurrido, algunos contradictorios. Acabé dormido en el sofá del salón de mi compadre, mientras éste se duchaba con su mujer.

Me desperté y escuché a mi compadre allá en el dormitorio, pasándosele bien con su mujer, así que me levanté del sofá y me fui a mi casa caminando, mientras el ocazo llegaba. Había niños jugando y algún ciclomotor que pasaba cargado de botellas vacías.

En mi casa me duché, freí una banana y la machaqué contra el arroz, y lo engullí todo mientras miraba la televisión. La ausencia de Eleonor en el noticiero y en la información que había recibido en la comisaría me creó un vacío o me recordó el vacío que siempre tuve dentro de mí con la forma de Eleonor, así que volví a la comisaría, para poder pasar con el coche patrulla por la esquina donde esperaba encontrarla bajo el neón parpadeante. A base de repetir que prefería no estar en mi casa, atendiendo a periodistas y familiares que habían escuchado mi nombre en la televisión o la radio, conseguí meterme otra vez en el turno de noche. También mi compadre, que llegó poco después que yo a la comisaría, y sin preguntarnos el uno al otro por qué estábamos allí y no en nuestra casa pedimos hacer la ronda en coche patrulla. Qué podían negarnos, éramos los héroes del mes.

4. Pedro

Ha sido cuando la chica se ha movido en la camilla, como cuando en una película de zombis de repente un cadáver al que los protagonistas se han ido acercando porque no les queda otra —porque el cadáver se interpone entre ellos y la salida o la solución— se levanta y les asusta, ese movimiento, es el que me ha dado el latigazo a las náuseas que mantenía a raya, tras asistir a la repetición del gesto indiferente con el que el médico (o enfermero o voluntario de la Cruz Roja con un simple curso de qué hacer si un corredor se desmaya, no lo sé) venía escurriendo en el césped de la tienda de campaña la sangre de la esponja, como si no fuera a acabar nunca la sangría.

Al salir de la tienda he apartado la lona que hace de puerta de un manotazo y las infames tortitas que he comido esta mañana han ido cayendo desde mi boca hasta el suelo. Sabía, a cada bocado, que no debía de comerlas, a pesar de que el agua con la que las comía era embotellada porque Guada insistió en ello, a pesar de todas las vacunas. Ahí está la prueba, no las mastiqué demasiado, pendiente de discutir con Guada, de hacer cálculos sobre cuánta gasolina sería necesaria para que no nos la metiera doblada la del alquiler de coches, sobre qué coche sería mejor teniendo en cuenta que sólo somos dos y que suponía que todas las carreteras estarían en mal estado.

Qué más da, dice Guada a todo lo que yo observo, pero bien que se preocupa de que el agua sea embotellada, y de que la abran delante de ella, y de no coger taxis piratas o alejarse demasiado del hotel si el librito que guarda en su bolso así lo recomienda. Si se lo digo yo me hace quedar como el quemado, el resabiado. Y si le digo que no me llame Perico sino Pedro cuando estemos con gente de la contraparte del proyecto ella me mira burlona, por más que le diga que Perico no es aquí un nombre, y me dice que use yo el de ellos, que la asociación tiene un nombre, y que no diga “contraparte”. Donde ella se aproxima, yo me alejo, y viceversa. Casi me dan ganas de decidir al azar, para comprobar que ella decide siempre en mi contra. La reunión fue un infierno, y lo fue por ella. Nadie de la contraparte se presentó. Otra más, después de habernos obligado a pagarnos un hotel durante unos días porque todavía no nos habían buscado una casa donde quedarnos. Enviaron un mensaje para preguntar si podíamos aplazar la reunión al día siguiente, y eso hubiera sido lo mejor. Pero Guada dijo que podíamos hacer la reunión sin ellos, delante de las responsables de la asociación de mujeres que representaba a la comunidad beneficiaria del proyecto. No sé si por mera inexperiencia o para que se

sintieran importantes.

Las mujeres en la reunión tenían la actitud que ya les había observado en la iglesia. En misa las había visto sentadas, en los bancos de madera sin pintar ni barnizar, como en la sala de espera de una estación de tren, o en el andén mismo, como si la locomotora fuera a aparecer lentamente por la izquierda, ocultando el altar y la cruz, chirriando y sin levantar polvo, hasta detener un vagón en el crucero, separando cruz y feligreses, y aun así dando la impresión de que ningún feligrés se levantaría para montarse en ese tren, que todos, desconfiados, se retendrían a sí mismos para esperar al siguiente, en el que tampoco se montarían.

Si yo les decía que agrupásemos las ideas que surgían durante la reunión apuntándolas en una pizarra, Guada saltaba con que ya estaba claro lo que había que hacer, y que lo que restaba era hacerlo, poner en marcha el mercado donde los participantes en el proyecto pudieran vender lo cosechado y lo criado gracias a los cultivos que comenzamos a diseñar hace dos años. Que *comencé* a diseñar hace dos años. Y claro que había que consensuarlo, pero precisamente por eso había que proyectarles la memoria de lo que llevábamos hecho hasta ahora, para eso trajimos el puto proyector, y cuando fui a sacarlo Guada me dice que no hace falta, *Perico*, que para eso está la pizarra. Y le quiero decir que entonces para qué coño me he currado la presentación, pero como no quiero que me responda que seré yo el que sepa para qué me la he currado, he pasado de ella, he sacado el proyector y lo he colocado en una silla, y he sostenido el extremo del cable de alimentación, dando un vistazo a mi alrededor para comprobar que quedaba lejos, inalcanzable, el único enchufe de la sala.

Una sala recién pintada. La habían pintado porque nosotros íbamos a visitarles: en el fondo había un mural de vivos colores. Un dibujo que podría haber hecho un niño, aunque lo habían hecho aquellas doce mujeres que tendrían una media de cuarenta años. Guada se abrazó a tres o cuatro de ellas al verlo. En el mural aparecíamos ella y yo cogidos de la mano, encima del puente que habían construido con nuestras indicaciones, un año atrás. Había lo que parecía ser un cocodrilo, y era un cerdo. El año de construcción, el sol, las palmeras.

Afuera arreciaba la lluvia, y por tanto no podíamos abrir las ventanas. El olor a pintura, la humedad, el disolvente con el que luego han limpiado los goterones que han caído en el suelo. He intentado abrir la ventana pero estaba atascada por la propia pintura. En cualquier caso, lo que siempre digo: catorce personas en una sala y sólo a una se le ocurre abrir una ventana.

Así que me he dispuesto a dirigir la reunión sin usar el proyector. En una pizarrita pequeña con tizas de color celeste, rosa y amarillo, traté de recordarles quiénes eran, y por qué habíamos venido y qué habíamos venido a hacer, qué habíamos

hecho, y qué no, y por qué no, y qué faltaba por hacer y cómo proponía yo que había que hacerlo. Y entonces Guada reinterpretó toda la historia, matizó quiénes eran aquellas mujeres, y qué debían ser y por qué, y por qué no se había hecho todo lo planeado, lo cual según Guada no importaba demasiado, porque en el camino aquellas mujeres “habían comenzado siendo A y ahora eran B, y eso era lo importante”. “Siendo A”. “Siendo B”. A medida que fuimos hablando, las doce mujeres que nos escuchaban asintieron tanto a lo que yo afirmé como a lo que afirmó Guada, y eso era lo que acabó de sacarme de quicio, la certeza de que habrían asentido a cualquier cosa.

Me tuve que sentar, porque no podía respirar con aquella atmósfera química. Y Guada entonces ha esparcido tarjetas blancas en el suelo de hormigón sin enlosar, como repartiendo a cada mujer una mano con la que jugar, y sí, yo hace dos años había hecho lo mismo. Pero ¿acaso no sabíamos que aquello era una pérdida de tiempo, que teníamos que dirigir la discusión, que sabíamos desde un principio dónde era mejor que acabásemos? Sabíamos que habría que hacer un mercado, sabíamos que había que nombrar un comité directivo y quiénes eran las idóneas para ello (y sabíamos que el resto las elegirían), sabíamos que necesitábamos un sitio adecuado (y que nuestra primera opción no sería posible, así que habría que buscar otro terreno, pero sabíamos ya cuál sería ese otro terreno),...

Salí afuera, aclarando que iba a fumar.

Gracias a Dios, en el exterior, bajo el porche de placas metálicas, no olía a nada, como siempre que estaba lloviendo. El agua se llevaba cualquier olor mientras caía. Después, asentada, estancada, impregnándolo todo y evaporándose más tarde, exhalada por todo lo que nos rodeaba, multiplicaba por diez todos los aromas. Lo dulce lo volvía empalagoso, y lo amargo, acre. Si caía sobre una motocicleta, dos horas más tarde de que escampase parecería que había cerca un vertido de carburante.

Pero en ese momento sólo había agua y un picoteo de sonidos, un estruendo de canicas cayendo sobre las chapas metálicas que eran el techo del porche. Me senté en una pila de sacos de grano y miré a las casas desvencijadas, las cuales no tenían ninguna contraventana que no estuviera algo doblada respecto del marco como dientes de viejo, ya estuvieran cerradas o abiertas de par en par a pesar de la lluvia. Miré a una furgoneta celeste que estaba aparcada con una rueda delantera dentro de un hoyo con agua, hasta que me di cuenta que en realidad la rueda estaba pinchada y el charco que la rodeaba no debía de tener ni un centímetro de profundidad. Miré a los cientos de cables conectados entre sí sobre la intersección de dos calles a mi derecha. Un niño con un casco gris de militar estaba asomado a una ventana de un primer piso, escupiendo hacia abajo a la superficie de agua chispeante y haciendo

sobresalir más su cabeza con casco del marco de la ventana para poder seguir a su proyectil, como queriendo identificar cuál era su contribución a la vibración de los charcos ocre, tratando de discernirla del resto de impactos de gotas, sujetándose el casco con una mano para que no se le cayera.

Permanecí allí, esperando una invitación a trascender que no llegó. En el transcurso de algún cigarrillo de entre los cinco o seis que me fumé durante la hora que estuve sentado mirando llover, las gotas tendrían que haberse detenido, y yo me tendría que haber visto desde fuera, rodeándome en 360 grados, sintiéndome conectado con todo y dueño de mí, pero iba a ser que no. Cada vez tengo más claro que va a ser que no. En lugar de eso, Guada me dio dos golpecitos con el dedo índice en el hombro izquierdo.

—Listo. Y vienen para acá con una alargadera, así que podemos ver una de las películas que llevamos en el portátil.

“Una de las películas que llevamos en el portátil” resultó ser lo que grabamos un año antes allí mismo. Fragmentos de vídeo grabados con el móvil, unas veces de un minuto y otras de un cuarto de hora. Se trataba por lo general de aquellas mismas mujeres, en sus casas, en la peluquería, hablando sobre dónde habían nacido (la mayoría en la ciudad), y de por qué habían acabado allí, casi en el límite de la selva, (por sobrevivir a los hombres que no fueran sus maridos, a sus familias, a la policía) como si el siguiente paso inevitable para ellas fuera adentrarse en esa selva y subirse a los árboles, estarse quietas y no hacer ruido.

En la oscuridad, mientras se veían a sí mismas, no han podido parar de reír. Risas descontroladas, chillonas y contagiosas. He vislumbrado la forma de Guada, palpitante al reírse, al doblarse de la risa. Ha habido un silencio de unos minutos, cuando una de las mujeres aparecía explicando cómo cocinaba un guiso, mientras su hija jugaba en la cocina. La mujer comenzaba despellejando un salami, como si fuera un animal muerto. Después cortó el salami en rodajas gordas como un dedo, para luego cortar cada rodaja en taquitos. Todas las mujeres en la sala parecían de repente absortas en la receta. Como si nunca hubieran visto pelar patatas, o cortar cebolla o pimientos. Como si nunca se les hubiera ocurrido utilizar salami en taquitos. La niña entraba y salía del plano, y una de las veces que apareció cogió un taquito de salami y su madre le reprendió duramente. Y luego a la sartén, todo salvo las patatas, que ponía a hervir aparte, para acabar echando dos huevos sobre el salami, los pimientos y las cebollas. En definitiva, un revuelto, una comida de soltero si la hago yo. Y de acompañamiento, las patatas hervidas. Eso era todo. Todas tardaron en salir de su silencio reverencial, tardaron en volver a reír.

De vuelta al hotel, Guada estaba tierna pero no cansada, tan cargadas las pilas como yo las tenía gastadas. Tenía los ojos algo enrojecidos, porque de tanto como

habría reído, algo había llorado. Cenamos, sin que ella parara de recordar todo lo que había sucedido en la reunión. Me duché y me dispuse a leer algo antes de dormir. Yo aceptaba la tregua, pero no iba a abalanzarme sobre ella. Se duchó, y cuando salió del cuarto de baño estaba vestida de calle y no con pijama como yo.

—¿No vamos a salir?

Yo he resoplado por encima de mi antología de leyendas africanas y ella, que se estaba recogiendo el pelo, ha dejado caer los brazos a plomo. Y luego en un gesto rápido se ha girado hacia el espejo para seguir arreglándose, y ha rebuscado en mi mochila hasta encontrar algunos billetes.

—Voy abajo a que me dé el aire.

Y ha salido de la habitación sin decir palabra.

Afuera ha comenzado a lloviznar, y me he sumergido de nuevo en el libro de leyendas, en donde el detalle no es importante, donde no hay detalles. La importancia del detalle para hacer verosímil lo narrado es una necesidad del narrador occidental, que se enfrenta a su escéptico lector. Son relatos escritos como cuentos infantiles, como si el lector fuera confiado como un niño. Una liberación, no tener que poner a la voz en tela de juicio continuamente. Una especie de placer culpable, una infantilización con la que acaba por entrarme un sueño profundo hasta que siento que Guada se arroja a plomo en el colchón, quizás borracha, quizás para despertarme. Me duermo y sueño que Guada llora.

Al día siguiente, Guada ha cerrado el maletero del coche alquiler con fuerza, conmigo ya al volante, llegándome la sobrepresión de aire a los oídos, a la piel entera. ¿Un castigo?

Ya en carretera, en dirección a la maratón que he sugerido que podíamos ver como intermedio en nuestra planificación, ella no ha dejado de mirar por la ventana. No ha comentado nada del día anterior ni de la noche, ni siquiera cuando he tenido que pegar un volantazo porque unos niños nos han tirado una botella. Se ha encogido un poco, más por permanecer estable en su asiento y no rozarme por la inercia que por sorpresa.

Hasta que hemos visto el accidente de coche. Y claro, por supuesto ella quería parar, a pesar de que le tenía dicho que situaciones así suelen ser una trampa.

—Frena, frena —me ha dicho Guada, y yo he aminorado, envidiándole también por no disponer ya de esa frescura. Al frenar, las dos impenetrables paredes verdes a ambos lados de la carretera han ido adquiriendo textura, después han ganado algunos metros en profundidad, hasta que, al ir cambiando de ángulo de perspectiva durante la marcha a velocidad de peatón, las hojas de platanero y de aloe entreveradas se han convertido en brazos y cuerpos petrificados que nos alertaban de la presencia de Medusa, que tenía allí dispuesto su lugar de emboscada.

Sin que lleguemos a detenernos, Guada ha bajado su ventanilla para preguntar.

—¿Necesita ayuda?

—No —ha respondido el tipo— sólo que me lleven al lago.

Y yo entonces sí he parado, más por indecisión que por querer llevarle, y Guada me ha dicho que me baje a ver. La primera vez que me miraba a los ojos en lo que llevábamos de día. Y por reconciliarme con ella (¿pero qué había hecho?) me he bajado del coche, y he dado varios pasos más hacia el coche del tipo. Un buen golpetazo, el morro hecho cisco.

Una persona en el asiento del copiloto, juraría.

—Disculpen pero todo está bien, sólo necesito un aventón hacia la maratón que rodea al lago. Es urgente ¿saben? Van allá también, ¿no?

Mientras habla me he acercado todavía más al coche. Una mujer, una chavala más bien, con la cara ensangrentada.

Un grito, una pistola que me apunta. Como haber nadado demasiado mar adentro y comprobar que no se hace pie, y que la profundidad puede ser cualquiera.

Pido perdón. Sí. Pido perdón al tipo, por lo que he visto. Porque he visto lo que no debía. Levanto las manos. Pero ya ha gritado también Guada. La pistola es una puerta que se cierra a nuestra espalda.

—Salga —dice el tipo a Guada, y cuando sale él se mete en el coche y se va echando leches.

Guada con las dos manos en la cabeza, Guada que se acerca al coche.

—Teníamos que parar. Era imprescindible que parásemos. Por supuesto que sí —le digo.

—Aquí hay una chavala, Dios.

—Teníamos que parar, estaba claro.

—Tenemos que llamar a una ambulancia o algo.

Saco el móvil y se lo doy.

—Pues llama.

Eres gilipollas, dice, murmurando, mientras mira el móvil y trata de desbloquearlo.

—¿Cómo coño se desbloquea esto?

—¿Gilipollas? Mira, mejor me callo.

—No te calles, hombre, no te calles. Desbloquea esto —me dice, devolviéndome el móvil.

—¿Y a quién vas a llamar?

—A tu puta madre voy a llamar, Perico, a tu putísima madre. ¿Te has enterado?

De repente es como si la presión atmosférica se hubiera triplicado a mi alrededor. Me hormiguea la sangre en los brazos y las piernas y se me aflojan las rodillas. Desbloqueo el móvil, se lo voy a dar y me lo arranca de las manos. Simplemente va

a caer por su propio peso, no se sabe ningún número de móvil, y sin embargo está marcando. Yo estoy clavado en el suelo y ella, mientras espera a que descuelguen al otro lado de la línea, se acerca al coche y abre la puerta con reparo por lo que hay dentro. Comienza a hablar por el móvil. Explica dónde estamos. Trata de describir que doscientos metros atrás hemos pasado por al lado de una choza, y que es la carretera que va al lago. Cuando acaba me lanza el móvil, desde cinco metros de distancia, y yo con ambas manos tardo en reaccionar y se me escapa, lo palmeo y finalmente lo hago mío. Quiero buscar en la pantalla a qué número ha llamado, pero para que no me vea hacerlo me lo guardo en el bolsillo, y desde ahí siento como una piedra sacada de una chimenea me quema el muslo izquierdo. Quiero preguntarle si van a venir, aunque yo no sepa quién o quiénes van a venir.

Trato de secarme el sudor, pero ¿con qué?; estoy todo empapado en mi propio sudor. La solución no puede venir de mí, alguien tendría que pasarme una toalla o una esponja.

Guada tiene medio cuerpo dentro del coche; como si registrara el cuerpo para robarle. Es lo primero que pienso tontamente: que Guada se ha transformado en uno de ellos. Quizás busca algún documento que identifique a la muchacha. Un fogonazo de lucidez: no deberíamos moverla. Doy dos pasos hacia el coche, del que todavía estoy a cinco metros. Ahora estoy a cuatro y vuelvo a clavarme en el suelo cuando veo que Guada ha hecho un movimiento. He creído que iba a sacar su propio cuerpo del coche, que volvería hacia mí su rostro y que estaría furioso y ensangrentado.

Retrocedo hasta los cinco metros, los seis, los siete metros, y espero en el arcén como un niño pequeño al autobús que lo llevará al colegio, haciendo ver que he comprendido, que vendrán a recoger a la muchacha, asumiendo un papel fútil de vigilante de la carretera, y centro mi vista en el punto en el que ésta, cincuenta metros más allá, se curva a la izquierda entre palmeras.

Así que en los vellos de mi nuca (no en mis oídos) he sentido el motor del coche que el tipo nos ha robado, la vibración creciente, casi su calor. Frena bruscamente, sale del coche y apuntándonos de nuevo con la pistola nos dice que cojamos a la muchacha y que la metamos en el coche.

Y Guada no ha dudado en hacerlo.

—Échame una mano, coño —me ha dicho, porque el tipo está ocupado en sostener el arma, porque no puede acercarse y cargar él con el cuerpo sin arriesgar su posición de fuerza. He tenido, pues, que acercarme, y me ha sobrevenido al ver tanta sangre una arcada que he retenido a tiempo.

La joven está inconsciente aún, pero gime algo, y pompitas rojas se forman en sus labios. Salvada en mitad de un sacrificio, a la vez drogada y a medio inmolar. El

tipo nos dice que nos metamos en el coche, y mientras yo estoy negando con la cabeza y abriendo la boca para hablar Guada ya tiene la puerta del copiloto a medio abrir. La abre del todo, introduce una pierna y deja que su culo caiga en el asiento, mete la otra pierna en el coche, cierra la puerta, se gira para tirar del broche del cinturón de seguridad y cruzárselo en el pecho. Y podría haber pensado *corre, ahora que puedes*, quiero decir que podría haberlo seguido pensado, porque lo pensé, pensé en dejarlos allí a los tres, y no ha sido el reproche en la mirada de Guada, sino el cinturón de seguridad que hundió su camiseta amarilla en el espacio entre sus dos pechos medianos y picudos, lo que ha hecho saber que mi lugar estaba dentro de ese coche, que no podía abandonar a su suerte a aquellos pechos por muy temeraria que fuera su dueña. Así que me he montado, y me he puesto el cinturón de seguridad (siempre me lo pongo, pero sé que, en este caso, si no hubiese visto antes a Guada hacerlo jamás se me hubiera ocurrido).

Como si fuera un taxista, he preguntado que a dónde voy. No sé si me reiré alguna vez de ello al recordarlo. Tampoco sé si Guada lo hará. El tipo me ha dicho que hacia la maratón, hacia el lago. Se me ha calado el coche. He vuelto a arrancar.

—Más rápido, más rápido —me ha dicho el tipo a los cinco minutos.

—Mete tercera —me ha dicho Guada.

—¿Qué?

—Que metas tercera.

Sólo entonces me he dado cuenta de que llevaba el coche a más de 4000 revoluciones y que el motor estaba a punto de estallar. He metido tercera y ha sido como si apagara el coche, tanto silencio ha venido de repente al equilibrar la caja de cambios. He mirado por primera vez al tipo a través del retrovisor, y he visto su cabeza inclinada hacia la joven. Le está hablando, creo. Ahí veo como una pequeña brecha, creo atisbar una vulnerabilidad.

—Se pondrá bien —digo.

Guada me mira. El tipo me pregunta que qué he dicho. Ahí detrás no se escucha. Así que vuelvo a decírselo, esta vez casi gritando:

—Ella, se pondrá bien.

El tipo dice algo, pero yo tampoco le oigo a él.

—Somos españoles —le digo—. Y entendemos perfectamente que lo usted quiere es salvar a la joven. Es algo bueno lo que está haciendo.

—Por Dios, cállate —me murmura Guada.

—No hay ningún problema por nuestra parte. Un malentendido —digo.

—Más rápido —me dice, y al hacerlo siento un golpecito en la sien, o más que un golpe un pequeño empujoncito. Segundos más tarde entiendo que me ha dado ese empujoncito con el cañón de la pistola.

—Ella se pondrá bien, allí habrá médicos. ¿Es eso, no? Está bien pensado —le grito, para que me pueda escuchar.

—Cállese —me grita él a mí.

—Es más sangre que otra cosa. Las cejas, sangran mucho.

—Perico...

—No frene tanto en la curvas. Dele.

—Nosotros hemos venido para un proyecto. Allá en la ciudad. Con unas familias ¿sabe? Llevamos dos años, casi tres. Varios puestos de trabajo. Y hay para todos. Un puesto de trabajo para usted, si lo quiere.

He vuelto a sentir el empujoncito con algo sólido en mi cabeza, y esta vez el tipo no ha dicho nada al tiempo que lo hacía. Sólo el empujoncito.

—Adelántelos —me ha dicho cuando hemos comenzado a encontrar coches que también se dirigen al lago a ver la maratón.

El tipo baja la ventanilla al llegar a un control, y dice que ha habido un accidente. Guada mira hacia atrás, y luego hacia atrás y hacia abajo, a donde debe de tener el tipo la pistola escamoteada. He pensado que Guada iba a intentar algo, a girarse e impedir que levantara la pistola, y luego he creído percibir que lo hacía por curiosidad hacia el objeto, para observarlo más detenidamente.

He tocado el claxon y la gente se ha apartado con menor diligencia de la que hubiera empleado un rebaño de ovejas. El tipo me dice que vaya hacia la loma de la derecha, donde hay una carpa blanca de la Cruz Roja, y sin que todavía yo haya acabado de frenar frente a la carpa sale corriendo hacia el interior de la selva.

En algún momento ha pasado de estar sentada a mi lado con el cinturón puesto a estar sacando a la muchacha y gritando pidiendo ayuda mientras echaba el brazo de la muchacha por encima de sus hombros. Se nos ha acercado un policía, luego otro, y yo he señalado en la dirección en la que se ha ido el tipo, y con el brazo extendido he contado la historia mientras Guada se metía en la carpa blanca con la muchacha. Tengo un corro de curiosos alrededor, impenetrable. Sostienen perritos calientes y vasos de Coca-Cola, un niño sorbe de una pajita. Han venido desde kilómetros a ver nuestro espectáculo. Me vuelvo a las bambalinas y entro en la carpa, justo en el momento en que la muchacha es tendida en la camilla, el último instante antes de que todo su cuerpo descansa en la superficie horizontal, y me ha parecido que exhalaba su último aliento. Guada está retrocediendo, mientras tres personas comienzan a afanarse en la persona herida. Más que proceder a curarla parece que van a momificarla a toda prisa.

Me ha parecido que Guada iba a sentarse, y yo he ido junto a ella, a apartarme como ella de la acción, a esperar con gesto preocupado, a distanciarme, pero un médico (o enfermero o voluntario de la Cruz Roja con un simple curso de qué

hacer si un corredor se desmaya, no lo sé) ha extraído en su mano un órgano de la muchacha, le ha arrancado el estómago y lo ha alejado de su cuerpo, como si fuera su grande y sangriento estómago lo que la estuviera matando, y entonces lo ha apretado, lo ha estrujado entre sus dedos y la esponja ha chorreado sangre.

5. Guadalupe

Ha sido cuando el enfermero ha extendido el brazo con la esponja llena de sangre en la mano cuando lo he sabido.

Y también: cuánto cuesta mantener vivo a alguien. Se han inclinado sobre ella, ceñudos y electrizados por nuestra irrupción en la tienda de campaña en la que hacía un calor agobiante, más si cabe que afuera, donde se había quedado Perico chivándose de por dónde había escapado el tipo. Tenía la certeza de que no entraría en la carpa conmigo, que se quedaría ahí, a contar la aventura, a poner una denuncia, a firmar autógrafos casi.

Todavía había tenido la torpeza de tocar el claxon de manera intermitente, en lugar de dejar sordo con un pitido continuo a quien no se apartara de nuestro camino. Todavía algo en su cabeza había insistido en poner el intermitente cuando fue adelantando a los coches, como si a alguien le importara el intermitente, como si nadie en este país jamás hubiese puesto el intermitente para señalar nada. Había trazado cada curva como si quisiera permanecer siempre equidistante de los dos bordes de la carretera, como si se tratara de ese programa del examen del carné de conducir. El hombre de la pistola le dio en la cabeza con ella, y era más un “despierta” que una amenaza de muerte.

Pero aquel no fue el motivo.

Tampoco fue porque reconocí mi deseo fugaz de haber traído una pistola conmigo, que deseara tener una siempre conmigo en lo sucesivo, que me girara para ver la pistola que aquel hombre había escondido cuando pasamos por el control.

Tampoco fue porque Perico hablara y hablara como si tratara de aplicar algún consejo sobre negociaciones entre secuestradores y policías visto en alguna serie de la televisión. Ni porque dijera que éramos españoles; le faltó sacar el pasaporte y enseñarlo.

Ni ver cómo Perico se alejaba del coche accidentado, cuando el tipo nos había robado el nuestro y yo estaba casi dentro del coche diciéndole a la chavala que si podía sentir algo, que si podía hablarme. Yo también he visto series de televisión, sí, pero lo que quería no era aplicar un conocimiento. Necesitaba que aquella chavala me dijera que estaba viva, que no iba a morir allí delante de mí. Dijo *man*, o *Germán*, no sé. A cambio, las voces del teléfono de la embajada, el único número que me había aprendido por si acaso. Perico con el teléfono móvil, el cetro con el que regir sobre la Vida y la Muerte en su mano en aquella región selvática, sin querer desbloquear el móvil sin que antes le dijera a quién iba a llamar. Su reticencia a

parar cuando vimos el accidente, sentir cómo iba a pasar por al lado como si se tratara de un accidente en la autopista allá en España y un guardia civil nos hiciera señas con una luz fluorescente, para que no aminoráramos la marcha con el objeto de echar una ojeada.

No fue eso, ni el coche empotrado contra el árbol, ni el calor, ni la humedad que me pegaba la camiseta al cuerpo, haciendo que se me marcara el sostén desde que aterrizamos en este país, ni el exagerado volantazo que dio para esquivar la botella que nos tiraron unos niños, antes de que viésemos el accidente.

Ni que no me dijera, como siempre hace, que no cierre tan fuerte el maletero cuando metí las mochilas al salir del hotel. Quedó en silencio agarrado al volante, como si quisiera decirme que, por muy fuerte que cerrase el maletero, él era invulnerable a un castigo semejante. Invulnerable al portazo y a hacerlo esperar porque el recepcionista al verme salir me quiso devolver el dinero que yo le había dado la noche anterior, en compensación por haber perdido su paraguas cuando volví de la fiesta. Perico quiso mostrarse indiferente al portazo, como también lo había sido a mi llanto durante la noche. Su cuerpo, mucho más pesado que el mío, había hecho que el blando colchón adoptara la forma de una superficie líquida en la cual había un sumidero, y yo no quería ser arrastrada hacia él, ni hacia ningún hombre tras lo que me había ocurrido en el hotel donde se alojaban los corredores.

Esa noche, ayer noche, yo había bajado a la cafetería de nuestro hotel pero me encontré con que estaba desierta. Y justo enfrente, en el mayor hotel de la ciudad, una fiesta. Pregunté al recepcionista de nuestro hotel, y me sonrió comprensivo: sí, no me podían ofrecer una fiesta como esa. Pero seguro que me dejaban entrar. Qué demonios, un buen plan, todo un golpe de suerte. El recepcionista entonces me ofreció un paraguas enorme y que pesaba como si fuera de plomo. Con él atravesé a saltos la carretera mil veces parcheada, y tener los ojos azules hizo el resto, aunque tenga el pelo moreno.

Blancos, negros y asiáticos, delgados y sonrientes, ¡copas de champán! pero no las bebían ellos, sino sus entrenadores, sus representantes, los periodistas. Una gran sala con una lámpara de araña que pendía del techo. Me colgué el paraguas de plomo de un antebrazo, cogí un canapé (un picatoste con aguacate, sal gorda y caramelo), me hice con una copa de champán, y el negro más delgado que he visto en mi vida, un ser tímido de ojos saltones y bigotito fino, con un chándal rojo, verde y negro, brindó conmigo, aunque él tenía agua en su vaso. Me preguntó en inglés si yo era periodista, le dije que no. Me dijo que beber agua era muy importante. ¿Hacía yo algún deporte? Dije que nadaba, lo cual era mentira. Después una negra con el mismo chándal rojo, verde y negro y los mismos ojos saltones se acercó y fuimos presentados. Yo era una turista, dije. Una rubia estaba sentada en

una silla plegable, con cada mano debajo del muslo respectivo, observándolo todo. Pregunté a la negra que si aquella rubia estaba enferma, y rompió a reír, después de lo cual dijo algo al negro en algún idioma africano, y éste también rompió a reír. Dijeron que sí, que estaba enferma, y luego que no, que era broma, que no lo estaba. Al parecer era una estrella. La negra dijo que probablemente ganaría la maratón al día siguiente aquella rubia. Y que estaba allí sentada porque estaba reservando su preciada energía. Pero que ella creía que eso no era bueno. Yo masticaba algo parecido a una lagrimita de pollo. ¿Estaba adobada en limón? En lima. Madre mía, qué cosa más buena.

Me pillé otra copa de champán, y dije a mis dos nuevos amiguitos que si venían a bailar. No, eso sí que no podían hacerlo la víspera de una maratón, pero que fuera yo, hasta luego.

Y bueno, en la pista había escandinavos, y japoneses, y árabes, ninguno de ellos con chándal. Para ellos sería el vino, y las camareras que pasaban con copas habrán pensado que, como yo no llevo chándal, también a mí se me está permitido, así que me ofrecieron una y otra vez. Yo bailaba levantando mi copa, como hubiera levantado un índice en un concierto, y otros hicieron lo mismo. Levanté también el pesado paraguas blandiéndolo por su mitad, y todos a mi alrededor enardecieron ante el absurdo gesto de indio con un rifle celebrando una victoria. Los brindis sin motivo vaciaron las copas durante una hora, y éstas se llenaron mágicamente una y otra vez. Casi doy un traspié, de mareada que estaba, pero me cogieron a tiempo. Mientras me doblaba de la risa todavía sostenía mi copa, cuyo contenido había derramado, mientras me servían más vino.

También descubrí un policía que parecía vigilar (¿pero qué?), como un árbitro. Y eso le he dicho, tonta de mí, *como un árbitro de una maratón de baile*. Qué ingenio el mío, aunque no sé si he sido capaz de articular como para que me entendiera. Muy serio, y muy engominado, he querido fastidiarle, bailando a su alrededor, mirando descaradamente todo lo que llevaba colgado al cinturón, dándole la espalda y pegándome a él, hasta que yo misma me he excitado con ese teatro. El policía estaba muy metido en su papel de duro, o eso me pareció al principio, hasta que me ha pasado el brazo por los hombros y me ha llevado hacia el pasillo de donde media hora antes salían los canapés. La cocina ya parecía cerrada, el pasillo quedaba a trasmano de la fiesta. Me ha sobrado el paraguas y he querido dejarlo apoyado en la pared, aunque ha resbalado y ha caído sobre un helecho. He querido colocarlo bien para que no se quedara aplastando al helecho, pero el policía me ha tirado del brazo. Al poco estábamos en la zona de la piscina, cuya superficie estaba cubierta con una lona verde. Yo he puesto la copa de champán entre él y yo, ya no me han hecho tanta gracia mis propias tonterías, ahí me he dado cuenta de que era yo la

que decía las cosas graciosas, la que me hacía reír a mí misma porque estaba alegre de estar allí. Ha puesto su pierna entre mis piernas, y yo he ido a cerrarlas y he dudado porque tampoco quería ese contacto, así que he intentado zafarme a un lado y me ha retenido agarrándome el culo, metiéndome la mano tan por detrás hacia adelante que cuando le he empujado sus dedos han podido agarrarse durante un instante a la cremallera de mi pantalón. Otro empujón fuerte, y él me ha cogido la cara con una mano apretándome los dos carrillos, ha tratado de besarme y luego me ha zarandeado la cara, la copa se ha roto en el suelo, he soltado una patada hacia adelante, y ahí he conseguido un espacio por el que salir de nuevo a la fiesta, atravesarla tropezando con varias personas, salir del hotel maravilloso y entrar en el mío de ruina.

El recepcionista, con su bigote oscurísimo y su pelo también muy negro y tupido (tanto que me hizo pensar que se trataba de un peluquín), ha levantado la mirada de la revista que ojeaba, y al verme su semblante se ha ensombrecido de preocupación. Le he dado todo el dinero que llevaba, con un ataque de nervios —una de las monedas ha rodado por el mostrador de recepción—, en compensación por el paraguas que he dejado tras de mí en el otro hotel. Ha aceptado el dinero por el paraguas a regañadientes. Tuve que imponer mi voluntad sobre su sentido de lo que era justo, le hice finalmente ver que yo era rica respecto a él, y él pobre respecto de mí, y fue su amabilidad avasallada la que por fin me hizo romper a llorar por lo ocurrido en la fiesta mientras subía las escaleras hacia nuestra habitación.

El peso del cuerpo de Perico provocaba que el colchón se hundiera exageradamente hacia él, una estampa que decía “Finalmente aquí acabarás”, como un agujero negro del que yo hubiese pensado ingenuamente que me sería posible escapar. Vuelto de espaldas hacia mi lado de la cama, en posición fetal, protegiendo con su cuerpo su libro de leyendas africanas, ése del que no se podía separar para acompañarme a tomar algo. ¿Quería quizás que nos quedásemos en el hotel para follar? Yo no hubiera tenido ningún problema. La ducha me había dejado como nueva, yo sólo quería utilizar de alguna manera la maravillosa energía con la que me habían cargado las mujeres de la asociación mientras veíamos las imágenes grabadas un año antes. Quería celebrar esa energía, tanto sus risas como el momento de hermandad, doloroso y mágico, que se había producido cuando la hija de una de ellas había aparecido junto a la madre, en la cocina de la familia. Según había salido a la luz durante la reunión (Perico fumando en el exterior, viendo llover), la niña había muerto hacía dos meses atropellada por una furgoneta de reparto de periódicos.

En la proyección, mientras aquella mujer cocinaba un revuelto de salami en

taquitos, la niña se acercaba, cogía un taquito, la madre le reprendía. Todas las demás mujeres se quedaron calladas, acompañando a la madre en el dolor de ver a su hija muerta, en el desgarró de no poder cambiar el hecho de que le había reprendido. ¡Cómo cocinaría para su hija, si viviera! Allí sentada en el suelo entre ellas, un brazo se enlazó a mi brazo izquierdo, y yo enlacé mi brazo al de la mujer que tenía a mi derecha. Y ésta me dio un pequeño beso en el hombro en la oscuridad.

Cuando media hora antes había ido a por Perico, lo había encontrado mirando llover. Sí, así fumando siempre tuvo atractivo, pero en ese momento parecía derrotado por nosotras, por no haber podido enseñar su maravillosa presentación en PowerPoint. No parecía, como siempre que adoptaba esa postura, derrotado por una maldición de los dioses.

Pero no, tampoco fue por eso. Al fin y al cabo esa actitud tenía un eco en mi cabeza, no era la primera vez que le veía así. Su contorno encajaba en ese otro contorno suyo de hacía un año, cuando aquel fallido rodaje.

A Perico comenzó a gustarle el cine —rodar, ambicionar el rodar sus historias— hará dos años. Sí, veía más cine que nadie que yo hubiese conocido, pero en cualquier caso la gente no ve mucho cine, como tampoco lee mucho. Él me había reservado un papel en una de las historias que tenía pergeñadas: yo salía a cazar con mi hermano, le mataba al dispararle por accidente (yo, mujer, torpe con el arma), cuando volvía a casa trataba de ocultar lo que había hecho, pero a la hora de la cena mi hermano entraba, se disculpaba por la tardanza y se sentaba a la mesa a comer con mis padres y conmigo. El corto acababa con la casa a oscuras, lanzándonos unos a otros las buenas noches a través de la oscuridad, como hacen algunas familias felices.

A todos nos había puesto los vellos de punta esta historia sobre el papel, pero rodar ¡es tan complicado! En la escena en la que disparaba a mi hermano, yo debía hacer como que perseguía una liebre con mi ojo puesto en la mirilla, haciendo un barrido, y justo coincidía que yo disparaba cuando mi hermano aparecía en mi campo de visión. Pregunté a Perico que cómo debía de reaccionar mi personaje: ¿le había volado la cabeza a mi hermano, y por tanto debía mostrarme horrorizada, retrocediendo unos pasos y no acudiendo en su auxilio, o bien le había disparado en el pecho o el estómago, y yo iba a socorrerle? Perico se quedó mudo ante mi pregunta, no lo había contemplado. Actúa, me dijo, y lo decía en serio. El único que estaba metido en su papel era él, en el papel de director. Le dije que actuaría, sí, pero que no me podía inventar la historia. Cometí el error de desposeerle de su máscara (¿quién fue el que dijo que, para medrar en sociedad, hay que ayudar a los demás a sostener su máscara?), y aún peor: cuando decidió que yo dispararía a mi

hermano en el pecho (mi ficticio hermano estaba mientras tanto sentado en una roca, bebiéndose una lata de cerveza caliente mientras discutíamos dónde había que dispararle), yo le hice ver que eso nos llevaría a una escena de agonía, que habría frases que decir, y que cuáles eran, pues. Podríamos habernos reído de todo aquello, pero no, Perico se enfadó más aún y dijo que bueno, que en ese caso yo le volaba la cabeza a mi hermano y que lo mataba al instante. Todos vimos que, por tanto, así se decidían las cosas en la historia, casi a cara o cruz, ya no existía la magia de la creación ni estábamos formando parte de algo especial aquel fin de semana. Estábamos bajo una pequeña dictadura.

Llegó la noche, entre todos preparamos la comida, el alcohol hizo su papel, y cuando ya casi todos nos habíamos ido a nuestras habitaciones, vi que Perico se demoraba bebiendo con los recalcitrantes bajo el porche. Estaba evitando tener un momento de intimidad conmigo, y he llegado a pensar (aunque esto nunca lo sabré con certeza) que me estaba castigando negándome el sexo aquella noche. Algo que por otra parte, sí, podría haber ocurrido, en aquella oscuridad, en aquella precaria aventura (oh, un fin de semana en el campo).

Sí, ¿por qué no?, yo estaba ebria y alegre a pesar de la tontería del rodaje de aquella escena. Me había gustado que, dos semanas antes, al contar personas y camas necesarias, diera por supuesto que nosotros dos dormiríamos juntos. Más allá de mi creciente cercanía a él, me ilusionaba el ir perteneciendo al grupo de la ONG, el hacer con ellos cosas que no tuvieran que ver con la ONG, como ir al cine o salir de marcha. Habíamos pasado dos meses de pleno enamoramiento, pero siempre faltaba algo, un hacerlo más oficial. Yo sería así al mismo tiempo su novia y una más del grupo. Habíamos ido dando pasos cortos en la relación, y aquel era uno largo.

Pasos cortos como cuando íbamos andando abrazados por un centro comercial, y una chica quiso pararnos para hacernos una encuesta. No nos detuvimos, mientras Perico se giraba un poco y le decía sonriendo “No somos representativos”. *Nosotros*. Ninguno de los dos. Yo era una igual. Tras haberme deslumbrado durante semanas con su experiencia y sus conocimientos de campo en varios países, yo me había ganado (no sé cómo) su respeto, a pesar de no poder evitar enviarle mensajes tontos, como *Mi portátil es pequeño, cojonudo, suave, pero tan lento al arrancar que se diría todo de cartón, que no tiene sesos*, y *Me gusta cuando te corres porque estás como ausente*.

Ese respeto, en parte, supongo, era lo que había estado buscando desde el día en que lo conocí, en la presentación de un libro, en una sala repleta de gente y donde hacía un calor agobiante. Perico, rubio de barba rubia, abrió un portón para que entrara y saliera el aire.

Yo me acerqué y le dije:

—El problema de esta sociedad es que aquí hay cien personas pasando calor y sólo a una se le ocurre abrir la ventana.

—Lo bueno es que una sola persona que abra una ventana refresca a otros cien.

Y luego añadió:

—Bueno, a noventa y nueve.

Yo sonreí a su sonrisa, ya era suya.

Así que no ha sido esa actitud de niño enrabiado del día del rodaje, ni la sospecha de que me castiga sin sexo a veces, ni el haber insistido en llevar el proyector para poder maravillarlos con su presentación en PowerPoint, ni que se fuera a fumar durante la reunión y se desentendiera de todo, ni que no me acompañara a tomar algo anoche, ni le culpo de que el policía tratara de meterme mano en la fiesta del hotel de enfrente, ni siquiera que no me preguntara por qué lloraba durante la noche, ni su indiferencia hacia mí al cerrar yo con fuerza el maletero, ni que no quisiera parar cuando vimos el accidente, ni su parloteo miedoso, ni cómo cogía las curvas mientras llegábamos a las inmediaciones de la maratón del lago y la selva, ni su insistencia en poner el intermitente o su manera de tocar el claxon, ni que se preocupara más de decir a la policía por dónde había huido el hombre de la pistola que de ayudarme a meter a la chavala en la carpa de la Cruz Roja.

Ha sido cuando el enfermero ha extendido el brazo con la esponja cuando lo he sabido.

No ha sido el descubrir que Perico no es para mí, que no le quiero. Ha sido el ver a esa esponja como a un recién nacido que extraían del vientre de la muchacha, el chorrito de sangre como un cordón umbilical que cuelga, al ver el gesto sagrado de sostenerlo mostrándolo al mundo, cuando me he dicho que Perico no es para el bebé que algún día quiero que nazca de mí.

6. La Vieja

Justo aquí había un camino. Lo hicisteis a fuerza de caminar por mí. Seguisteis la línea de agua, así que al principio creí que erais como el resto de los animales. He sentido vuestros pies pequeños arrastrándose cuando vinisteis a dármele, pasos somnolientos, como si caminaseis heridos, como de potros con la pata rota, mientras cantabais. Supongo que de alguna manera sabéis que así espantáis a mis animales. Esparcáis nubes de incienso, acres de tan dulzonas como eran.

Habéis retirado lo que había encontrado en mí su lugar, las hojas, las rocas y las hormigas, para hacerle un hueco en donde no pertenece, para que yo la descomponga y la haga mía, para que la agusane, la horade, filtre en ella el agua y una vida distinta, para que la haga esponja. Poros grandes de gusanos laboriosos en su abdomen, y poros pequeños por la podredumbre que filtra el moho. Quizás deseáis creer que entregándomela envuelta en lienzos esto no ocurrirá.

Llevaos a esa niña, no la quiero para mí. Yo quiero la esponja arrojada, esa otra, pequeña, que habéis despreciado, esa de la cuneta. Pediré a un armadillo que la empuje con su hocico hasta un arroyo, y pediré a una iguana que la pesque con su zarpa, y que se la ofrezca a las fauces de un jaguar, que besará a un tucán que me la traerá hasta lo más alto.

Si queríais tanto a esa niña, ¿por qué me la dais? No sé por qué os separáis de ella, por qué no la guardáis en vuestro jardín, o en su cama, o en la vuestra, y la abrazáis cada noche antes de acostaros, por qué no la apretáis hasta extraerle el veneno que retienen sus poros. ¿Tal vez queréis esconderla y olvidarla? ¿O pretendéis que yo deje de ser yo y la reviva? ¿Queréis preservarla? ¿Acaso hay algo en ella que deba ser todavía protegido? ¿Qué he de vigilar? ¿Qué otros pasos son los que han de ponerme alerta? ¿O me estáis diciendo “Toma, aquí la tienes por fin, esto es lo que querías, nos rendimos, ya es tuya”? ¿No sabéis sino sobornar? ¿Acaso soy responsable de que ya no vaya nunca a crecer y a correr entre vosotros? ¿Por qué me la adjudicáis? ¿Qué capitulación es esta? ¿Qué os prometí? ¿Os debo algo? ¿Os he ofendido? ¿Os he traicionado de alguna manera? Ojalá fueseis inmortales, no para ahorraros el sufrimiento de veros morir los unos a los otros, sino para que retuvieseis por siempre lo aprendido, para que no lo perdáis no bien acaba una generación y empieza la siguiente. Transmitíos esto: no sé qué hacer con ella, tan solo soy una vieja muy vieja que no puede ayudaros.

7. Hermán (2)

Un ciempiés color de caramelo comienza a ascender por una esquina de la celda, tocándose una y otra vez con la pared que tiene a la derecha, no pudiendo o no queriendo cambiar a esa otra pared.

—Ya parece que llegaron —me dice mi compañero de celda, mirando de puntillas por el ventanuco enrejado hacia el aparcamiento—. Todavía estás a tiempo, Hermán, hazme caso.

Para desanimarlo de nuevo, le respondo que es una suposición suya que sea un periodista quien viene a verme.

—¿Quién va a ser si no? ¿No me has dicho que esa chica está en el hospital? Es un periodista, y si ha conseguido una visita es porque ha alegrado con algún regalo al alcaide. Y el alcaide no querrá perder su regalo. Y no lo pierde si tú no quieres. Te dará lo que pidas. Al fin y al cabo, ¿qué has hecho, darle una esponja a una extranjera? ¿Es eso un delito?

—Secuextré dos turistas, a punta de pistola —le repito.

—Sí, ya sé, ya sé, pero fue por una buena causa, ¿no? ¿Dónde estaría ahora la chica del hospital? Seguiría en el coche. Allí es donde seguiría. Tú la has salvado, compañero.

Estoy sentado en mi catre, y mi compañero se sienta a mi lado.

—Si no pides por ti, hazlo por mí. Una radio, una pequeñita. Sin baterías, ya las busco yo.

—¿A qué tanta radio? ¿Ya te cansaste de escucharme y no llevo aquí ni un día?

Sé que no. Al contrario, teme el momento en que me calle o me trasladen. Cuando me han metido en la celda, primero se le ha oscurecido la cara, por precaución, para parecerme fiero, y después se le ha iluminado, cuando ha visto que no lo soy. Creo que yo he hecho lo mismo.

Cuando nuestros rostros han sido por fin los nuestros, nos hemos reconocido vagamente. ¿No le había visto yo a él en alguna parte? ¿No me había visto él a mí?

Recorrimos con la charla los posibles lugares: algunas tascas y la misma iglesia. Era incluso posible que uno al otro le hubiese cedido el paso viéndolo más borracho al final de la noche o más ensimismado tras la misa.

Preguntar por qué el otro estaba allí no parecía todavía prudente. Pero parecía ya que podíamos compartir algo: sabíamos que el motivo por el cual un hombre comienza a ir a una tasca puede ser el mismo por el cual comienza a ir a una iglesia.

—Esa iglesia, La Palma —me dijo él, no sé si invitándome o ya recordando.

Hubo un silencio.

—Sí —le invité yo.

Baja la cabeza un poco, también los hombros, fija la mirada en el suelo. Cemento áspero, una mezcla de mala calidad, arenosa. Restriega la suela contra esa arena.

Hasta dónde cavar, para comenzar a contar.

—Yo solía ir por allí. En fin, mi mujer me arrastraba,...

Vuelve a frotar la suela en la arena.

—... pero a mí acabó por no disgustarme,...

Dudo si expresar mi acuerdo, pero me callo, ya me llegará el turno.

—... no estaba mal tener un rato tranquilo el domingo, ver a los niños trajeados, como ella los ponía. Tengo tres. Los tres varones.

Hasta dónde cavar.

—No sé si recordarás a aquella niña —continúa diciéndome—. Aquella que murió, a la que atropelló una furgoneta.

—Un repartidor de periódicos —digo.

—Un repartidor de periódicos borracho. Los padres iban a aquella iglesia. Yo los acabé conociendo por mi mujer. Yo conocí a la niña. Linda, claro, como todas las niñas. Y un día se la lleva por delante una furgoneta. Y el tipo se escapa, pero ¿cómo va a ocultar a todos lo que ha hecho, si lleva la furgoneta que lleva, si él hace esa ronda? Todo eso lo sabes, ya. Claro. Así que un día, a la salida de la misa del domingo, algunos hombres nos vamos con el padre de la niña a beber. Ni su mujer se lo impide, ni nuestras mujeres nos preguntan a dónde vamos. Cuando llevamos ya unas cuantas nos dice lo que ya sabemos, que al conductor no le pasó nada. Que como la empresa sería responsable en parte, la empresa se encargó de tapar la cosa. Les dieron dinero, les pagaron el funeral. Cuando nos lo dijo nos dimos cuenta de que pagaba ronda tras ronda con ese dinero. Nos estaba haciendo beber ese dinero a los tres que le acompañábamos y le escuchábamos. Nos había ido envenenando de ese dinero. Que Dios me perdone, pero era Judas que invitaba a los apóstoles a beber con las treinta monedas. Judas que sacaba una espada, y Judas que decía saber dónde tenían preso a Jesús. Así que allá que fuimos los cuatro, borrachos y con un arma, a la pensión donde vivía el conductor. Lanzamos varias botellas a la fachada, porque la puerta estaba cerrada, y disparamos cada uno una bala a una ventana distinta, sin acertar en ninguna. Suficiente para que, al poco tiempo, escuchásemos el eco de una patrulla al llegar. Nos metimos en el coche y nos fuimos volando, claro. Gran idea ir hacia el lago. Enorme idea. No sé quién había dicho que allí podríamos ocultarnos toda la noche. No parecía mala propuesta. Nos pasábamos el ron mientras yo conducía como un demonio, con la patrulla detrás. Tan confiados estábamos de que llegados a la selva no podrían seguirnos. Como si

la conociéramos. Pero el tipo comenzó a gimotear, y a decir que íbamos a por su hijita, que había sido enterrada cerca de allí — dijo, girándose hacia mí, pidiéndome que recordara.

Sí, yo recordaba. Un funeral que había comenzado en misa en la iglesia, para luego retroceder siglos en comitiva hasta un lugar antiguo cerca de la orilla del lago, rodeado de selva. Un retroceso que muchos miembros de la parroquia no habíamos aprobado. Tras la misa en la iglesia yo me había ido directamente a casa. Alguien me había dicho que en la tumba de la niña no había una cruz. También me habían dicho que sí que había una cruz, pero que no había sólo eso.

—Recuerdo.

—Así que —prosigue— cuando pasamos por el pie del desfiladero, en esa recta donde parece que el mundo se le puede caer a uno encima, nos pusimos a discutir los tres con él, hasta parar el coche. No nos dimos cuenta de que la patrulla estaba detrás nuestra, tan borrachos y tan inflamados andábamos. Tan borrachos que, sentado detrás de mí, me disparó a la cabeza, a un palmo de distancia, y me voló la oreja.

Un día entero con él en una celda y no me había dado cuenta de que le faltaba la oreja derecha. En su lugar tenía lo que parecía la entrada a un hormiguero, un agujero pequeño.

—Me salí del coche, mientras se entretenía en disparar a los otros dos compadres. Gracias a que la patrulla estaba ahí. Si no, me deja con La Vieja.

Y, tras otro silencio:

—Una radio pequeñita. Me zumba éste, ¿sabes? —dice, señalándose el hormiguero en la sien. Unos días más y otros menos. Para los días que más, estaría bien pegarme aquí una radio.

Y entonces me doy cuenta: desde que llegué, no ha parado de hacer algún sonido para distraerse de ese zumbido. Habla y habla, o rasca la arena del suelo de cemento, tamborilea en los barrotes, se acerca al ventanuco, más por escuchar el rumor del viento de afuera que se superponga a su zumbido que por ver el aparcamiento, o el mástil blanco con la bandera, o la caseta beige de la entrada. Por eso anoche canturreó hasta coger el sueño.

Por hacerle el favor, relleno ahora yo el silencio:

—Ese día fue el último que fuiste a la iglesia, supongo —digo, y al decirlo no sé si ha sido demasiado atrevimiento.

Se ríe.

—Yo —comienzo— aparecí por aquella iglesia hará cuatro años.

—Cuatro años ¿eh? —dice, porque sabe que tras esa frase mía yo habré como él de calcular hasta dónde cavar, y que eso requiere tiempo, y que mientras ese tiempo

transcurre su zumbido volverá.

—Recordarás la riada, la de hace cinco años. Cuando se quebró el embalse.

—Recuerdo, recuerdo —dice, algo sorprendido por mi punto de partida. Luchan sus ganas de acallar el zumbido contra las de darme el silencio necesario para cavar en mí.

—Tenía una pista de atletismo. Allá justo donde bajaba la cuesta de Santa Marta. El agua del embalse movió un flanco de las pistas...

—¿Todo aquello era tuyo?

—No era de nadie. Y era mío. Yo lo usaba, nadie lo reclamaba. Ojalá hubiera sido mío, con papeles. Nunca pensé... El flanco de las pistas se desmoronó sobre un lateral. Mucho fango, nada importante salvo por un poste eléctrico, que quedó inclinado, como a punto de caer.

—Yo he estado allí.

—De día juegan los niños al fútbol. De noche...

—De noche vamos los borrachos a afinar la puntería o con alguna mujer.

—Limpié el fango, pero el poste no pude arrancarlo. Era de la compañía eléctrica, y nunca vinieron a arreglarlo. Los cables quedaron a cuatro metros de las pistas, no había modo de que alguien pudiera tocarlos. Y el poste una vez inclinado no iba a moverse jamás. Ahí sigue. No se ha movido un centímetro. Pero a los padres les pareció peligroso. El colegio con quien tenía el acuerdo para entrenar corredoras me dijo que, o se reparaba el poste, o allí no podían entrenar más. Les dije que las niñas podían correr en la otra parte de la pista, pero ni caso. Les dije que levantaría un muro.

—Cadenas. Le amarras cadenas y lo sacas, como a un árbol.

—El problema son los cables que sustentan, el resto de postes. Se hubieran quedado sobre las pistas. Tendría que haber arrancado cien postes, cien kilómetros de cables. Y aun así, eso fue exactamente lo que intenté hacer una noche. Sin pistas me quedaba sin ingresos, traté de hacer portes, pero todo ese negocio lo controlan otros. Un día en el que no había comido nada, y después de pasar la tarde en la tasca bebiendo a cuenta, me hice con una cuerda de carga, la até por un extremo al poste, y borracho como estaba até el otro extremo al parachoques trasero.

—Ay.

—Sí, ay. Allá que se quedó el parachoques, sin que el poste se moviera ni esto. Pasó entonces la patrulla, se rieron de mí, y perdí allí mismo la furgoneta. Me pidieron la llave de la cancela, y tuve que dársela. Así perdí también las pistas para siempre. Me dejaron con el montón de cuerda allí en la calle, en la noche y borracho.

—Hay nudos que no hay que aprender.

—Gran verdad. Pero yo sabía hacer el nudo, y todavía sé hacerlo. Así que cargué

con aquella enorme cuerda que pesaba como dos mulos, y me fui haciendo eses, por la borrachera y por el peso de la cuerda, hasta el mango más cercano, dejando con la cuerda un rastro en el fango. Habría, no sé, treinta metros de cuerda, gorda como mi muñeca —digo, y al enseñarle la muñeca derecha para abarcarla con el dedo índice y el pulgar, ve la cruz tatuada—. Ya llegaremos a ésta —digo—. Traté de hacer el nudo, pero me era imposible en aquella maraña de cuerda medio enfangada encontrar un cabo. ¿Te imaginas? Yo tratando de mantenerme de pie, recorriendo una y otra vez la cuerda, sin encontrar ninguno de los dos extremos. Tan cansado estaba que me tuve que sentar a buscar los extremos, y tan cansado estaba que me dormí y amanecí envuelto en la cuerda, arropado con ella.

Un poco de silencio, y mi compañero de celda no dice nada.

—Cuando desperté, parte del fango de la cuerda estaba reseco. Veía el sol, así que estaba vivo, pero, como una polilla, tuve que abrirme paso a través de mi envoltorio. Cargué con la cuerda cuesta arriba, y pasé por la puerta de la iglesia. Allí, el sacerdote me preguntó si aquella cuerda iba a servir para algo. Que sería buena para una campana que tenían por colocar. Le arrojé a los pies la cuerda, él se agachó y cogió un extremo de la cuerda con una mano y el otro extremo con la otra. Como si acabara él mismo de darle un tajo. No sé si me vio buscando la noche anterior aquellos extremos, pero me miró como si supiese que lo había estado haciendo. Me dijo que le hacía falta quien colocase la campana allá arriba. Y que pagaría. Sin furgoneta, sin pistas donde entrenar, me había quedado sin trabajo, así que no tuve que pensarlo mucho. Como dos cabezas de alto tenía la campana. Yo quería un trago y dudaba de que me dejasen más fiado, porque ya se habría corrido la voz de que me habían requisado la furgoneta. Me lie en la cuerda a la que añadí un cordel de guía, pero de todas formas había que subir con la cuerda entera, porque no había guía suficiente. Subí por el campanario, que por dentro no es más que una chimenea. Un pie en un lado y el otro en otro, como una araña con su tela de araña a cuestras. Es raro que uno quiera hacer el nudo una noche, y que al día siguiente ponga tanto cuidado en no caer y partirse el cuello, (*Miedo a caer, sacando zarpas y apretando los dientes. Miedo al ridículo. Veía el plato de comida que me esperaba ya servido, veía a la mujer que me lo serviría importunarse por mi mortal tortazo, chasquear la lengua, retirar el plato de la mesa y tirarlo con la ayuda del tenedor a la basura*), y te digo, subir quince metros por una chimenea no es fácil. No llevaba ni cinco metros y las piernas comenzaron a temblarme. Y es un temblor que no puedes controlar, y que va a más si no cambias la postura. Así que me vi bailando dentro de la chimenea, apoyando un pie por la punta, retirándolo, estirando la pierna hacia atrás y apoyando el talón. (*Miedo a no poder hacer algo que parecía simple, a no servir para un trabajo bragado, sino nada más que para entrenar corredorcitas. Miedo a no remontar. Miedo a*

volver a la tasca). Comencé a maldecir a todo lo conocido, primero entre dientes, y después a gritos mientras subía. Se me debió de escuchar en todo el barrio. Me maldije, maldije a la cuerda, a la campana. Maldije a la furgoneta, a los policías y a la compañía eléctrica. *(Maldije a las pistas, y a las corredoras, y cuando lo hice lloré, porque eso sí era maldecirme a mí mismo, eso sí era condenar lo bueno que había habido en mí alguna vez)*. Maldije a la ciudad, a esta tierra que nos quiere ahogados en fango. Me despedí de todo. *(Y si todo quedaba maldecido, y aun así conseguí llegar arriba, es que aún algo mayor que todo aquello me bendecía)*. Llegué arriba, saqué medio cuerpo, descansé. Miré a mi alrededor, casas derruidas y una lengua de fango, y gentes afanándose en reconstruirlo todo. *(Me mostraste al Hombre, Oh Señor, renací en tu Casa y a tu servicio estaré por siempre)*. Cuando bajé, el padre me dijo que le haría falta quien tocara todos los días la campana durante la misa. Y cuando llevaba una semana yendo, me dijo que no estaría mal tener ayuda con los turnos de comida.

Estimo que he cavado lo suficiente, así que le muestro el tatuaje del interior de mi muñeca derecha. Una cruz en llamas. No creo que tenga que explicarle más. Aunque, sí, todavía:

—Hará cosa de dos años la vi en la televisión. Fue noticia. Aunque claro, en la parroquia solemos ver ciertos canales y otros no. Es una corredora tocada por la Gracia. Desde entonces sigo todas sus carreras. Nunca ha perdido ninguna, desde entonces. Y yo sé que su fuerza la saca de todos los que rezamos por ella en cada carrera. ¿No ha visto el póster...?

—En la puerta de la iglesia, sí.

—Es ella. Un ángel, eso es lo que es. Así que cuando me enteré de que correría aquí, me apunté a la organización. Quería verla de cerca. Pero de camino tuve un accidente, llevando a una joven que conozco. Ahora está en el hospital. Para ello tuve que convencer —hago con la mano el gesto de una pistola— a dos extranjeros.

—¿Pero conseguiste verla, a ella?

—Sí, hermano, lo conseguí.

—¿Y qué le dijiste?

8. Corredora

Avanzo por el pasillo de la cárcel. A mi izquierda hay una pared con ventanucos y a mi derecha una sucesión de celdas de las que salen manos que quieren tocarme o darme esponjas invisibles, o que yo se las reparta a ellos. Me han tenido una hora esperando. Al parecer, el tipo al que voy a visitar ha pedido que le llevaran una radio. Por supuesto nadie tenía de repente una radio que ofrecerle, así que yo, para salir cuanto antes de allí, he tendido mi *mp3* al alcaide, para que se lo lleve al preso. Por fin el alcaide ha regresado, confirmando que, ahora sí, el preso me recibiría en audiencia.

—Está al final —me dice el carcelero que me guía, en un inglés mejor que el mío. Gracias a Dios el alcaide, que también me acompaña, ha sido sensato y prudente, y se ha negado a que entrara conmigo algún periodista o mi representante y entrenador. A él lo ha calado nada más verlo: más representante que entrenador, más publicista que vendedor. Aunque no era difícil, si sabe que ha sido él quien ha concebido, como acto publicitario, mi visita a la cárcel para hablar con el hombre que me dicen que me dio la esponja (y al que al parecer detuvieron justo después). Afuera han quedado las cámaras. He de salir de aquí diciendo que le perdono (¿qué me ha hecho?). Llevo para él mi dorsal de ayer, firmado. Y una biblia.

Evito mirar en el interior de cada celda cuando paso por al lado. Me pego a la pared, no sea que esos brazos que salen se alarguen y me agarren. Siento náuseas, porque cada celda exhala un olor tan repugnante a podrido que resulta picante al olfato. Trato de respirar poco, pero entonces el picor se rebaja y sin embargo resulta más nauseabundo.

La náusea que impide seguir, todo se traduce a eso. No corro contra el reloj, ni contra el resto de corredoras, sino contra mis náuseas. Otras corredoras tienen los pies delicados, las rodillas débiles, la mente débil. Yo soy de acero, desde mi coleta hasta la punta de los pies, soy un robot que en su abdomen guarda una babosa.

Sé lo que hay que hacer cuando me entran náuseas mientras corro. Sé que aparecerán en el kilómetro treinta, ya que, por lo general, llegado ese punto, estoy en cabeza. Siempre he sentido náuseas desde que comencé a destacar. Mi entrenador me decía que bebiera mucha agua, ya que la deshidratación era la causa más probable. Debía de comenzar a beber más agua el día antes, y evitar deshidratarme. Eso me decía, *evita deshidratarte*. El día antes demoraba el ir al servicio todo lo que mi vejiga aguantaba. Lo cual era estúpido, pero eso lo supe más tarde. Orinaba y me sentía mal por ello. Trataba de orinar lo justo para que me

dejara de doler el vientre.

También me decía que comiera algo dulce antes de correr. Aparte de la deshidratación, la hipoglucemia era otra candidata a mis náuseas del kilómetro treinta. Así que durante un tiempo comí una chocolatina media hora antes de empezar a correr. No una hora antes, ni quince minutos antes. Me decían que debía de comerla justo media hora antes. Me habían pesado, tallado: media hora antes era lo apropiado. Me daba vergüenza comer una chocolatina delante del resto de corredoras, porque me hacía parecer una niña. Tampoco sirvió de nada.

Probé algunas infusiones. Té de menta. Me gustaba, mucho, si lo tomaba en casa. Beber un vaso de té de menta media hora antes de la carrera se me hacía un mundo.

Mi padre, en Lyon, me aconsejó que fuera a un gastroenterólogo “normal”, uno que no fuera para atletas. Quizás yo tenía algún tipo de problema en mi aparato digestivo. Una úlcera, o síndrome del intestino irritable. Me hicieron radiografías, un TAC, y nada.

—Debes evitar entrenar con calor y humedad —aventuró el médico.

No sé qué cara puse, pero provoqué que se sintiera incómodo con ella y quiso explicarse.

—No corras la maratón en pista cerrada.

Cuarenta kilómetros, a cuatrocientos metros la vuelta, cien vueltas. Hasta entonces me había negado. No podía imaginar una tortura peor. Me conduciría, con seguridad, a la locura. Pero sólo con ver su expresión perdida me entraron ganas de irme al centro deportivo más cercano y echar a correr.

—No tomes leche, ni lácteos, desde el día antes de la carrera. Queso, helados.

Por supuesto que yo hacía ya dos años que no tomaba nada de eso. Asentí obedientemente. Me dieron ganas de hablarle de la leche de soja y de la leche de almendras, pero me contuve. Me dijo que tomara paracetamol. Yo hice como que lo apuntaba mentalmente. En cualquier caso, la AMA no lo prohibía, de hecho yo llevaba ya tomadas cajas y cajas sin que se me quitaran las náuseas. Pero tomemos otro paracetamol, por qué no.

Cuando salía de la consulta, el médico le dijo a mi espalda:

—Y no te pongas nerviosa.

Atravesé airada los pasillos de la clínica, bajé las escaleras maldiciendo entre dientes al médico, y cuando me metí en el coche di un manotazo en el volante. Al anochecer ya había asumido que era exactamente eso lo que me sucedía.

A partir del kilómetro treinta estoy sola. Nadie va a ayudarme.

La pista acaba en un desfiladero, y yo salto al vacío. Doce kilómetros de caída libre. Imposible no sentir vértigo y ganas de vomitar.

Sentí que no podía decirle a mi entrenador que tenía miedo del público que me esperaba en la meta, un público hacia el cual siempre estaría obligada a correr. Así que leí libros de autoayuda, de cómo hablar en público, de cómo visualizar mi objetivo, de cómo manipularme a mí misma. Tenía que convencerme de que el espectador no era una cabeza de ganado que se acercara al itinerario para beber de mi sudor con su ruda lengua. Me decía que, si fuera fácil, todo el mundo lo haría. Que no estaba sintiendo náuseas, sino que yo creía tener náuseas. Que si acababa la carrera pronto podría ducharme, relajarme y comer queso. Y luego alejaba la visión de ese queso, temiendo poder digerirlo mentalmente.

Me forzaba a imaginar que corría de manera hermosa, y que provocaba un deleite estético en cuantos me veían. Me concentraba en la riada de zancadas que estaba siendo capaz de producir, una tras otra, como si no me costara ningún esfuerzo correr. Eso hacía que relajara la técnica y que sintiera que mi cuerpo se cansaba más rápidamente de lo habitual.

Probé a soñar, mientras corría, que era la mejor corredora de todos los tiempos. Que ni antes ni después podría haber nadie con mis registros. Pero al hacerlo sentía a todas las corredoras que me habían precedido, a las que ya se habían retirado y a las que ya estaban muertas, acercarse a ver tamaño prodigio. Y entonces en mi mente, las gradas de la meta se llenaban de envidiosas cuencas vacías.

Probé a imaginar que más allá de la meta me aguardaba una Arcadia. La línea de meta era una franja de cálida luz pintada en el suelo. A partir de esa línea no había asfalto, sino mullido césped en suave pendiente hacia abajo. Divisaba un riachuelo, una noria de agua, limoneros, un celeste cielo surcado por un arco iris, a su vez surcado por una bandada de blancos cisnes.

Casi lo tenía. Pero me sobraba la noria de agua, y los cisnes eran correctos, pero insuficientes.

Y entonces corrí la maratón de Zagreb. Una hora antes todas las corredoras habíamos sido bendecidas en masa por el obispo de la ciudad. Nos había rociado con agua bendita, mientras unos niños le acompañaban esparciendo incienso. A través de la nube vi a unos ángeles, bordados en varios colores en la mitra, por lo demás dorada, del obispo. Tocaban una fanfarria con largas y delgadas trompetas de plata.

Desde megafonía se nos exhorta a que tiremos las botellas vacías y las esponjas usadas en las papeleras situadas a tal efecto (agitación de muslos para distender los músculos, doblar de cuellos) o que se las demos en la mano a los voluntarios, para contribuir a mantener limpia la ¡Bang! Codazos, el subidón, la angustia de quedar encerrada en la salida, decirse que quedan cuarenta y dos kilómetros para salir de ahí, dos horas y media, evitar mirar las fachadas de la ciudad desconocida, evitar

mirar a la gente, comenzar a recluírme en mí, evitar deducir nada por ahora. Lo que parece una ligerísima cojera en una rusa puede no ser una heridita en un pie que se irá haciendo cada vez más grande, puede ser sólo una manera asimétrica de correr, puede apoyarse en esa asimetría como un nadador a veces sólo toma aire por un lado y jamás por el otro. Si las dos japonesas no corren juntas haciendo piña puede ser, o no, fruto del azar. Me recluyo en mí. Me monto por dentro, despliego los andamios de mi resistencia. Me recluyo en mí. Soy plantas de pies, y pulmón sujeto por las riendas. Mirar a siete metros por delante de mí, al asfalto. Detectar si he adoptado sin quererlo el ritmo de otra corredora, al ensimismarme en sus pies. Mirar a veces algo más allá, para comenzar a trazar la curva con suficiente tiempo. Hacer un rápido inventario de mí: plantas de los pies bien, tobillos bien, rodillas bien, pelvis apuntando un posible problema, es en la derecha, ¿un ovario? No, es muscular. Me prescribo cien metros de un minúsculo dejar atrás esa pierna tras cada zancada, para estirar. Perfecto. Estómago bien. Siempre está bien cuando salgo. Diafragma: se va distendiendo, pronto volveré a él. Hombros, bien. ¿Espalda? Sin problemas. Iglesias y enormes motocicletas de policía. Vuelvo a mi diafragma. Ahí me quedo, dialogando con él. Yo soy un jockey y mi diafragma es mi caballo, no le doy con la fusta, lo acaricio mientras trotamos. Me siento en mi diafragma, mi ondulante alfombra mágica.

Algunas novatas hacen el intento de colar una botella vacía en una papelera, o de devolverla a un miembro de la organización. Las más arrojamos los deshechos al asfalto de Zagreb. No sabemos ya que aquella ciudad es Zagreb. Se trata de una carrera, la misma carrera de siempre. He escuchado decir a algunas corredoras que cada carrera es diferente. Sin excepción, tienen marcas mediocres. Las realmente buenas estamos todas de acuerdo en que corremos siempre la misma carrera. Todo se reduce siempre a tu diafragma y a tres o cuatro corredoras a tu alrededor o detrás de ti. El resto queda mucho más atrás. Y entonces sí, comienzas a dejar que, lo que has observado sin pretenderlo, sin saber siquiera que lo observabas, te hable. Comprendes que la portuguesa está tirando de orgullo, pero que va sin combustible. Las japonesas la han sobrepasado lentamente porque ella se ha resistido, no porque estuvieran parejas en fuerza. Y ha sido la segunda japonesa, la más pequeña, la que, al ponerse al lado de su compatriota, ha dado la señal de adelantarla. Después ha vuelto a quedarse dos metros por detrás. Cuando paso por al lado de la portuguesa escucho un silbido que proviene de sus espiraciones.

En el kilómetro veinticinco, una larga recta ligeramente empinada. Aquí van a hacerlo. Cuando, tras la recta, comencemos el ligero descenso, la japonesa diminuta sobrepasará a su sirvienta y ésta no hará nada por evitarlo, se complacerá en ello.

Así que yo lo hago antes.

Sobrepaso a las dos cuando todavía no hemos acabado el primer cuarto de la larga avenida de tres carriles en cada sentido. Sé que a mi espalda he provocado el pánico. Sé que cambian de planes, que no esperan a que acabe la avenida. La diminuta sale a perseguirme. La otra sentirá el deshonor de no haber podido ser útil. Se abrirá el abdomen con una daga mientras lentamente caen sobre ella copos de nieve. Me fuerzo a volver a la realidad de la carrera. Me pego a la mediana de la avenida, para tener que vigilar sólo por mi derecha. Ahí aparece, esprintando contra pendiente. Cuando me va a sobrepasar, aminoro la marcha hasta ponerme entre ella y su sirvienta. La he dejado sola. Ahora ella es mi sirvienta. Ahora, yo, cuando llegue al final de la avenida, la sobrepasaré lanzada como una flecha hacia el kilómetro treinta. Ahora serán dos las que se abrirán el abdomen.

El estómago. Retiro esa imagen de mi mente. Pienso en algo liso. En un muro de hormigón. Bien.

Un kilómetro, otro. Una curva en la que sin esfuerzo puedo ver lo que ocurre detrás de mí: no ocurre nada, las japonesas no están. Les saco al menos cien metros. Podría imaginar los reproches que se harán más tarde, pero vuelvo a concentrarme en mi diafragma. A medida que se acerca el kilómetro treinta, comienzo a perder su control. Siento como si sobre él fueran vertiendo arena, y lenta y progresivamente se fuera hundiendo, comenzando a apretar la entrada a mi estómago: las náuseas. Me digo que el diafragma no está haciendo eso realmente, que si yo no supiera anatomía no podría imaginar eso, que todo está en mi mente. Pero la arena sigue cayendo sobre mi diafragma, comienza a aplastar mi estómago, y éste trata de rebelarse empujando hacia arriba.

Kilómetro treinta.

Suelto las riendas de mis pulmones, de mi diafragma, de todo mi cuerpo, y me encierro a cal y canto en mi interior. Visualizo la Arcadia insuficiente, la dorada línea de meta que ya no brilla tanto, el riachuelo con demasiados meandros como para resultar una imagen tranquilizadora. El molino de agua que demolí la mañana anterior en la habitación del hotel sigue allí. Sólo el arco iris permanece intacto, útil. Así que cuando los ángeles se inmiscuyen en mi particular diorama, no los espanto. Al contrario, les hago crecer las alas, los hago tocar a pleno pulmón sus largas trompetas plateadas. Desesperada, establezco que llamen con sus fanfarrias a toda la corte celestial, y, en respuesta, el cielo sobre el arco iris se abre y mana una luz hermosa que gotea formas que baten alas. No hay césped ni riachuelo, ni molino de agua, sólo nubes y ángeles, que comienzan a disponerse a ambos lados de la perspectiva, y se arrodillan ante mí como cortesanos en la sala del trono, dejándome un pasillo por el que, a la vez soberbia y arrebatada, me acerco a un esplendor que me tiene cautivada, y aunque me distrae un segundo una sirena de

policía sigo avanzando como un bebé que da sus primeros pasos hacia unos brazos abiertos y una sonrisa enorme e ilusionada.

Cuando cruzo la meta, me tienen que parar.

Estoy tan exultante que no rehúyo a los periodistas. Uno me pregunta que si esperaba destrozarse ese día el récord de Europa. Le digo que no. Y entonces me pregunta ¿En qué pensabas cuando corrías? Como si él supiera lo que yo sé, pero me dejara a mí el honor de revelarlo. Y entonces, de puro contento, le respondo, entre sollozos y risas de felicidad por haber dejado atrás las náuseas. El periodista, debido al tumulto reinante, no logra comprender lo que le digo. Confía en que los espectadores hayan escuchado y desentrañado mis palabras. Yo me derrumbo, sí, pero hacia arriba.

Al día siguiente la escena da la vuelta al mundo, con el subtítulo que aclara qué he dicho, en decenas de idiomas distintos. Incluso para mí supone una sorpresa: *He visto un cielo lleno de ángeles y a Jesús que me acogía.*

Paso a ser El Ángel Corredor, La Mensajera, La Corredora de Dios, La Atletista Apóstol, El Rayo Divino. El obispo que nos había bendecido a todas quiere recibirme (sólo a mí). En un mes, el Papa quiere recibirme, y mi representante acepta. Aunque, oficialmente, es mi representante el que pide la audiencia, y el Papa el que la acepta. Pero nosotros sabemos la verdad. Quiere verme de cerca, examinarme. Quiere una prueba.

Tras la audiencia nos enseñan los Museos Vaticanos. Yo no quito ojo a los ángeles y querubines, a las inmaculadas en sus nubes, a las potencias de los cristos, al matiz cálido del pan de oro sobre la madera y al matiz triunfante del oro repujado y bruñido. Absorbo imágenes para mis náuseas, tomo ideas para decorar mi próximo cielo privado.

De vuelta a Lyon tranquilizo a mis padres: no, no me he vuelto una iluminada. Todo es marketing, les aseguro. Mi padre desenrolla sobre la mesa del salón un póster con una imagen de mí mientras corro. A mis pies: *J'ai vu un ciel plein d'anges, et Jésus qui m'accueillait.* Mi padre me mira incomodado, orgulloso, interrogante. Mi madre me dice que he de usarlo para hacer el bien. Yo me río. En el póster tengo dos alas blancas a la espalda, blancas, largas y picudas.

Un año más tarde, es ése mismo póster el que he visto, pero con la leyenda en castellano, en la puerta de la iglesia a cuya misa me han invitado. Llevo la silueta de esa foto, alas incluidas, sobreimpresa en la espalda. Suena, continuamente, una campana. Al día siguiente había de correr la maratón por una carretera que bordeaba un lago y se internaba en la selva unos kilómetros. Era imposible encontrar un lugar más húmedo en toda la Tierra, y yo no he podido recorrer el itinerario en coche para inspeccionarlo, porque me han perdido las maletas y hemos

tardado cinco horas en salir del aeropuerto hasta que las han encontrado, y porque hay una sucesión de eventos organizados a los que tengo que asistir, ya que la mitad de ellos los hacen en mi honor. Como esa misa a la que asisto, en la iglesia cuya puerta exhibe un póster conmigo corriendo (¿o estoy volando?). El interior de la iglesia (que dista de ser la principal de la ciudad) es de un color beige claro, en ella caben unas cien personas y sus paredes solo lucen un cristo tallado en madera, se diría que a machete, algo tosco, de artesanía indígena. El pecho y el abdomen lo forman dos tajos, uno convexo y el otro cóncavo. La corona está hecha con alambre de espino de acero. He visto ese espino en los bordes de los muros de algunas casas, en el trayecto del aeropuerto al hotel. No hay oro ni ángeles. No hay fanfarrias, sino campanadas repetidas una y otra vez. Me tensó, como para impedir que mis ángeles y mi querida luz salgan de mí y vayan a colgarse de aquellas mustias paredes. A la salida reparto camisetas de *Ciel*, mi marca, a niños muy hermosos.

En la habitación del hotel me encontré con que, en el escritorio, me habían dejado una fuente con mango, plátanos y dos frutas cuyo nombre no conozco. Un díptico puesto de pie me indicaba el orden del día, o más bien, de la noche. Discursos de bienvenida, cena de confraternización, banda de música.

Bajo justo cuando han acabado los discursos, no vaya a ser que les dé por pedirme que diga unas palabras. Una mesa colocada a la entrada de la fiesta, en la que hay sudaderas de *Ciel* de color rojo, consigue que me ruborice. Mi representante no pierde ocasión.

En el gran comedor, unas treinta mesas circulares con manteles blancos, cada una con unos seis comensales. En mi mesa (tres corredores y tres corredoras) un irlandés nos hace reír contando cómo le ha dicho a su entrenador, hacía una hora, que había almorzado una hamburguesa, con bacon, queso, y mostaza. Cuando además añadió que había dicho que también se había tomado tres cervezas, hemos reído de buena gana. En ese momento pienso que al día siguiente voy a incluir un ángel irlandés en mi cielo, uno así de alegre. El irlandés pide una botella de agua con gas, y brindamos con ella. Sabemos que el gas no nos conviene, pero brindar y darle un sorbo es para todos nosotros tan excitante como si se tratara de tequila.

Tras la cena me siento a ver cómo mi representante corteja a una de las camareras que atiende la barra. Él cree que también es mi entrenador. Probablemente, eso es lo que le está diciendo a la camarera. Como si yo necesitara uno.

Me siento en una silla algo apartada del barullo, con la esperanza de que ninguna de mis rivales más jóvenes venga a pedirme un autógrafo, lo cual a veces me sucede. Saco mi *mp3*, me introduzco bien dentro los auriculares blancos en los oídos y observo a todos hablar y reír mientras escucho *La Pasión según San Mateo*. Me viene bien que esté en alemán. Si me obligaran a ello tendría que reconocer que sé

que no trata de ángeles y cielo, simplemente porque lo deduzco del título. Pero si obvio ese detalle, es evidente que esa pieza que escucho es la música que debe sonar en el cielo cristiano. Ojalá pudiera correr con el *mp3*. Sin embargo, una mosca posada en un hombro en la línea de salida deviene halcón a los veinte kilómetros, y buitre a los treinta. En algún momento me vería obligada a arrojar el *mp3* a la cuneta.

Así está bien. Busco al irlandés con la mirada: sigue riendo, y el resto ríe a su alrededor. Todavía pasan unas bandejas con canapés, y quien los ve sonrío y coge alguno. Incluso la camarera en la barra se está riendo con mi representante. Todo es felicidad, salvo por un policía, de uniforme negro. Con ambos pulgares colgados del cinto, está a la vez fuera de lugar y enseñoreado del salón del hotel, como si todos los presentes hubiéramos invadido su casa. Con tanto chándal, y ahora al verlo a él de uniforme, parece todo una fiesta de disfraces. El tipo viene hasta mi silla, y me dice algo. No sé si se habrá dirigido a mí en inglés, pero en cualquier caso no voy a quitarme los auriculares para comprobarlo. Mis ángeles dentro de mí desenvainan espadas de fuego, y la bestia, al ver el fuego, retrocede.

No tarda en encontrar otra presa, una que parece entender lo que le dice. Una joven mona, que lleva un enorme paraguas, y a la que instantáneamente envidio sus pechos, que sin ser grandes se le marcan a cada movimiento. Pareciera que no llevara sostén, pero sí tiene, se le señalan los tirantes. Por tener esos pechos que yo no tengo, y porque se aviene a hablar con el policía, provoca en mí una desazón que me saca de mi impermeabilidad. La música ya no casa con lo que estoy presenciando. Pasan a mi lado, y ella va al mismo tiempo a regañadientes y siguiendo el juego. Quedan fuera de mi vista, en un pasillo que se interna a mi izquierda en otra parte del hotel. Que hayan ligado de manera tan rápida, tan animal, me nubla la vista. Los auriculares me pican en los oídos, me los saco y entonces la joven pasa corriendo y empujando a quien se encuentra a su paso en dirección a la salida del hotel. Algunos de los presentes, tras perderla de vista, miran hacia mi lado, y por un momento parece que piensan que yo, sentada, con mis auriculares en el regazo, he sido la causante de su estampida. Entonces vemos aparecer al policía, sacudiéndose una huella de zapatilla deportiva en la pernera izquierda del pantalón negro. Anda lentamente, como antes, pero ahora resulta evidente que trata de ocultar una cojera. Creo que, debido a que la mayoría de los presentes somos extranjeros, le cuesta mantener su aire de superioridad. Se extiende en nuestro lado de la sala el silencio, y el policía se enfrenta a él y lo atraviesa, también en dirección a la salida.

En un acto reflejo, me tomo el pulso. Lo tengo por las nubes.

Mi representante, que no ha visto nada de lo sucedido, me mira desde la barra y me

hace el gesto de dormir, palma contra palma, apoyando la mejilla de su cabeza inclinada usando sus manos como almohada. La camarera observa mi reacción divertida, expectante. Si ese hombre tiene ese poder sobre mí, le dejará tenerlo sobre ella. El problema es que el imbécil de mi representante tiene razón, es hora de que me vaya a la cama. Como pequeña rebeldía, me levanto y me interno en el pasillo.

El paraguas que la morena llevaba está caído sobre un helecho, aplastando las hojas. Cuando lo cojo para aliviar a la planta, compruebo que pesa incluso más de lo que se podría deducir por su tamaño. Ha estado presente, podría contarme qué es lo que ha ocurrido con pelos y señales, cuál ha sido su papel en todo ello. Es un paraguas de gigante, o yo soy una niña jugando con las cosas de los mayores. No soy capaz de soltarlo. Miro a la entrada del pasillo, por si alguien me ha visto cogerlo. Nadie. Salgo del pasillo con el paraguas. No quiero cruzar la mirada con nadie. Pulso el botón triangular de uno de los dos ascensores. Me meto en él cuando llega. Tercera planta. El corazón a tope. Con la luz del interior del ascensor examino el paraguas. La empuñadura no es negra, sino de un rojo muy oscuro, o quizás era roja y la han pintado de negro. Voy a la habitación 301, me pongo aún más nerviosa cuando la tarjeta que hace de llave no abre la puerta. Una lucecita roja que debería de ser verde, hasta que por fin, *clac*, la puerta se abre. Cojo la cartulina con forma de gancho que cuelga del lado interior del pomo (*Do not disturb, No molestar*) y la coloco por fuera. Estoy a salvo en mi habitación.

Dudo si meter la tarjeta en la ranura que hace que las luces de la habitación estén disponibles, y decido no hacerlo. A través de los visillos de la amplia ventana entra suficiente luz de ciudad de madrugada en la habitación. Mi paraguas y yo no necesitamos más. Lo pongo encima de la cama y después voy a orinar. Mientras orino me deshago de mis zapatillas de deporte, mis calcetines, mis pantalones, por fin de mis bragas. Antes de meterme en la ducha me deshago de la parte de arriba del chándal y de la camiseta (una enorme alcachofa de varias posiciones; una hilera vertical de azulejos más cálidos que el resto por la conducción interna de agua caliente, y en la que apoyo la columna vertebral, doblando la pelvis para deshacer la curva de mi espalda y provocar así que entre por completo en contacto con la calidez de los azulejos; un botecito de champú extremadamente dulzón). Me masturbo pensando primero en el policía y después también en la joven. Asisto al policía, le aliento, le jaleo.

De vuelta a la cama, desnuda, cojo el paraguas y lo abro en la penumbra. Me lo apoyo en el hombro, hacia atrás, como si se tratara de una sombrilla de paseo, y me acuclillo para abrir el minibar. Pequeñas botellitas de Johnnie Walker, de Vodka Eristoff. Latas de cerveza Budweiser y de una marca local. Chocولاتinas y frutos

secos. Cojo una botellita de Johnnie Walker, con su etiqueta negra en diagonal, y hago como que bebo con el tapón puesto, glu, glu.

Me levanto, me acerco a la ventana con mi gran paraguas a cuestas, y a través de los visillos veo las luces del alumbrado de la calle, algún letrero luminoso. No hay cuadrícula urbana, y las luces parecen colocadas al azar e iluminar zonas por donde normalmente no habría de pasar nadie.

Hago girar mi paraguas, muevo a un lado y a otro las caderas, bailo. Doy media vuelta y mi pie toca una papelera metálica, y para evitar tropezar con ella doy un paso en la dirección opuesta como un acto reflejo.

El dolor en la espinilla al darme con la cama me hace exclamar y soltar el paraguas, que rueda sobre la cama y cae del otro lado de ésta. Apoyo las dos manos sobre el colchón, me siento en él, maldigo en la oscuridad, y cuando se me va pasando el dolor me río un poco, pero entonces siento cómo un líquido baja por mi pierna derecha. Me toco en la espinilla y veo las estrellas, porque lo que he tocado es una herida. Giro mi pierna hacia la ventana y veo un hilillo de sangre que comienza en mitad de la espinilla y que me llega al empeine del pie.

—Putain.

Cuando al día siguiente he despertado y he apoyado el pie en el suelo, el dolor ha subido desde el empeine hasta la rodilla. He mirado bajo la gasa de la cura que me hice antes de acostarme y he visto un feísimo moratón. He tenido que andar unos veinte pasos hasta que la pierna ha entrado en calor.

Antes de la carrera me pasé por los servicios médicos para que me hicieran un apaño mejor. Y sí, muy bonito, pero ya sabía que no tenía nada que hacer. En el kilómetro cinco comenzó a dolerme la espinilla. En el kilómetro once me lo miré (como mirándome si llevaba los cordones sueltos), porque creía que el hilillo de sangre de la noche anterior volvía a manar, pero se trataba de humedad condensada por todo mi cuerpo. En el kilómetro diecisiete me paré unos segundos y me arranqué el apósito que me habían puesto en los servicios médicos. En el veinticuatro el dolor se me había extendido al empeine del pie, y en el veintiocho creí haber perdido toda flexibilidad en el tobillo. Esto modificaba mi manera de lanzar una pierna y luego otra, y notaba cómo comenzaba a dolerme la cadera por la izquierda, porque tiraba más de mi pierna izquierda para compensarlo. Finalmente, mis pulmones comenzaron a menguar. Pero ese no fue mi mayor problema.

Mi mayor problema fue sospechar que el desfiladero por el que comenzábamos a pasar era un escenario más imponente que mi cielo interior. Era difícil abstraerse de las dimensiones colosales de aquella naturaleza.

En el kilómetro veintinueve yo iba la tercera, y había perdido todo control sobre mi

diafragma. Ahora sí, podía estar deshidratada, y las náuseas comenzarían por esa causa y no por el miedo escénico al imaginar la meta. Escupí ácido que había aflorado desde mi estómago a mi lengua, o más bien traté de escupir, pero toda mi energía estaba dirigida a mantener vivas mis piernas, así que el escupitajo quedó a medias colgando en una de las comisuras de mis labios. Me di dos manotazos para limpiarme la mejilla, y sólo conseguí extenderme más mi propia baba por el mentón.

Pasé una banderola amarilla que indicaba el kilómetro treinta.

No había cielo posible. A mi izquierda el desfiladero, y al otro la selva, a lo lejos un puesto de avituallamiento. El olor de eso que llamaban lago (en fotos había visto que se trataba más bien de un pantano) atravesaba la selva y anegaba la carretera, como si por entre las plantas estuviera avanzando el agua verde y densa, en una crecida. La selva también tenía náuseas.

Yo no podía trazar un arco iris con aquel desfiladero a mi izquierda. Los ángeles tenían uniforme y pistola, y soplaban negros paraguas en lugar de trompetas. Dios no podía atravesar la espesura que tenía al fondo, Dios se había perdido para siempre en aquella selva. Algunos niños se ponían la camiseta de *Ciel* y les quedaban muy grandes. La misa era ininteligible. La campana no dejaba de sonar. Mi representante acariciaba el lóbulo de una oreja de la camarera de la barra. Los auriculares picaban en mis oídos. Mis padres estuvieron largo rato hablando, después de que me retirara a mi habitación. Supliqué a los policías que brillasen y anunciaran la venida del Señor, de un gran amor que tirara de mí hacia adelante. En lugar de eso, al coger la esponja vi una cruz en llamas, incendiada de ira, que me acusaba de ser una impostora.

Asumí mi pecado, si con eso podía hacer aparecer los rayos de luz y las fanfarrias que me anunciaran a él, y recorridos cincuenta metros me llevé la esponja a la boca para tapármela y no dejar salir el vómito, que rebosó por mis labios. Arrojé la esponja, paré a vomitar, y escupí varias veces, antes de proseguir, sola, cojeando, descubierta.

Los ángeles me esperaban en la meta y me llevaron en volandas hasta los servicios médicos. Según mis cálculos había quedado quinta, pero resultó que en algún momento, en el kilómetro treinta y cinco, todavía me había adelantado una chilena. Y yo no la había visto.

Traté de masticar un plátano mientras esperaba mi turno para el masaje. Agradecí a un voluntario con un gesto de la cabeza el que me pasara dos bolsas de hielo.

Aquella tienda parecía un hospital de batalla. Me pregunté dónde estaba mi representante. No me buscaba, quizás estaba enfadado con mi pobre actuación, pero me daba igual. Quizás, pensé, ya estaba buscándose otra corredora, previendo

mi decadencia. Lloré, aunque no me importó gran cosa que me vieran. Muchas corredoras lloramos tras la carrera, cuando estamos en los servicios médicos, o en los vestuarios. Para nosotros es tan natural como orinar. Mal vamos si no lo hacemos.

Me tendí en una camilla y dejé que me masajearan. Y si había creído que estaba llorando, no, fue entonces cuando rompí a llorar de veras, porque sentía un amor mayor que el que mi Dios imaginario me había negado.

—Ya está, ya está —me decía la masajista, y, aunque yo no sabía castellano, el significado de sus palabras para mí estaba claro: calmaba a una niña.

Cuando acabó el masaje, antes de irme me abracé a ella, y me frotó la espalda, consolándome todavía.

Me dirigieron a la zona de vestuarios, y por el camino felicité a la ganadora. Mi representante hablaba por el móvil, en la zona para espectadores. Sonriente, me saludó con la mano, me levantó el pulgar hacia arriba, para luego girarse y seguir hablando por el móvil.

Varios microbuses nos llevaron hasta el hotel, y no fue hasta por la tarde que mi representante llamó a la puerta de mi habitación. Fue entonces cuando me comentó lo del tipo que me había dado una esponja y que había sido detenido. Me había concertado una cita con él. Le había dado la vuelta a la tortilla publicitaria en tan solo unas horas. Me habían derrotado y había corrido mi peor tiempo en dos años, pero todo se olvidaría si, como el Papa Juan Pablo II hiciera con Alí Agca (este símil había sido facilitado por mi representante a un periodista), yo visitaba en la cárcel al tipo. Pensé que yo había sido Alí Agca cuando había visitado al actual Papa en el Vaticano. Si había podido engañar a uno, ahora podía engañar al otro. O eso creí.

Cuando avanzo por el pasillo de la cárcel, con la biblia y mi dorsal firmado para el tipo, no puedo evitar mirar una vez al interior de una de las celdas que quedan a mi derecha. Dos presos sin camiseta juegan a las cartas sobre un catre, y un tercero, de pie y también desnudo de cintura para arriba, extiende sus brazos hacia mí. No tengo esponja que darle. Ni a él ni a todas esas manos que veo que surgen por entre los barrotes. Algunas parecen pedir algo, con la palma hacia arriba, pero las más tienen la palma hacia abajo, encrespadas como garras que intentan atrapar.

Me han dicho que el tipo que vengo a ver está al final del pasillo, en la última celda. No sé qué voy a decirle. Me lo han preguntado los periodistas en la puerta de la prisión.

—Vengo a traerle un poco de paz —es la frase que mi representante me ha hecho aprender, y la he soltado al tiempo que he mostrado la biblia, como mi representante me ha indicado que haga.

Pero la biblia no me parece empapada de nada. Imagino que el tipo es como estos que están en las otras celdas. No quiero que me dejen a solas con él, ni entrar en su celda, ni siquiera estar de este lado pero a su alcance. No quiero darle yo misma este libro ni mi dorsal. No quiero ver sus ojos.

Todos los presos celebran mi vómito en el pasillo y, cuando retrocedo, no me hace falta un diccionario para entender que me dicen guapa, y que no me vaya, que a dónde voy, que por qué tan pronto.